
Revista de Aragón

RECUERDOS DE MI VIDA

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO V

Ayerbe.—Juegos y travesuras de la infancia.—Instintos guerreros y artísticos.—Mis primeras observaciones y experiencias sobre acústica, óptica, balística y el arte de la guerra.

Cumplidos mis 8 años, mi padre solicitó y obtuvo el partido médico de Ayerbe, villa cuya riqueza y población prometíanle mayores ventajas profesionales y más amplio escenario para sus proezas quirúrgicas que Valpalmas, así como superiores facilidades para la educación de sus hijos.

Es Ayerbe villa importante de la provincia de Huesca, y famosa por sus vinos en todo el Somontano. Está situada en la ruta de esta ciudad á Jaca y Panticosa, no lejos de la Sierra de Gratal, primera estribación del Pirineo aragonés. Sus pintorescas casas extiéndense al pie de un monte elevado de doble cima, una de las cuales aparece coronada por los restos, aún imponentes, de un venerable castillo feudal. En el centro del pueblo, dos grandes y regulares plazas, dan amplio espacio á sus mercados y ferias, famosas en toda la comarca. Entre ambas plazas, sirve de lindero, al par que de adorno, una vetusta y opulenta mansión señorial perteneciente á los Marqueses de Ayerbe.

Mi aparición en la plaza pública de Ayerbe fué saludada por una rechifla general de los chicos. Bien pronto de las burlas pasaron á las veras. En cuanto se reunían algunos de ellos y estaban seguros de ofenderme á mansalva, me insultaban, me golpeaban á puñetazos, ó me maltrataban á pedrada limpia. ¿Por qué esta hostilidad? Lo ignoraba y aún hoy no me la explico bien. Creo, empero, ver en ella un efecto de esa sorda y larvada aversión, no

siempre traducida en actos, que el labrador pobre siente contra el burgués y el hombre de carrera, aversión que, contenida en los hombres por la prudencia, estalla violentamente en los chicos, en quienes las artes del disimulo no han enfrenado aún los más groseros impulsos naturales y los odios sugeridos en el hogar. Añadamos también esa inquina y malquerencia al forastero, que parece ser el triste privilegio de las razas salvajes y de las gentes mal educadas.

Mi facha, sin embargo, no podía inspirar recelos á los hijos del pueblo: vestido humildemente,—porque la estricta economía que reinaba en mi casa, no consentía lujos,—de cara trigüeña y aspecto montaraz, que á la legua trascendía á romero y tomillo y denunciaba larga permanencia al sol y al aire, así como una estrecha adaptación al terruño, nadie me hubiera tomado como hijo del burgués acomodado, sino más bien por el chico del sastre ó del maestro, que ha de reflejar por fuerza en su indumentaria la obligada indumentaria de los padres. Pero yo no gastaba calzones ni alpargatas, ni adornaba con pañuelo mi cabeza, y ésto bastó para que entre aquellos zafios pasara por señorito.

Contribuyó, sin duda, algo á la citada antipatía, la extrañeza causada por mi lenguaje. Por entonces se hablaba en Ayerbe un dialecto extraño, verdadero mosaico de palabras y giros franceses, castellanos, catalanes y aragoneses antiguos. Allí se decía: *forato* por *agujero*, *no pas* por *no*, *tiengo* y *en tiengo* por *tengo* ó *tengo de eso*, *aivan* por *adelante*, *muller* por *mujer*, *fierro* y *ferrero* por *hierro*, *herrero*, *chiqué* y *mocete* por *chico* y *mocito*, *abrios* por *caballerías*, *dámene* por *dame de eso*, *en ta allá* por *hacia allá*, *m' en voy* por *me voy de aquí*, y otras muchas voces y locuciones de este jaez, borradas hoy de mi memoria.

En boca de los ayerbenses hasta los artículos habían sufrido inverosímiles elipsis, toda vez que *el*, *la*, *lo* se habían convertido en *o* y *a* respectivamente. Diríase que estábamos en Portugal.

A los rapaces de Ayerbe parecióles en cambio el castellano, relativamente castizo, que yo usaba, es decir, el hablado en Valpalmas y Cinco Villas, insufrible algarabía, y hacían burla de mí llamándome el *forano* (*forastero*).

Poco á poco fuimos, sin embargo, entendiéndonos. Y como no era cosa de que ellos, que eran muchos, aprendieran la lengua de uno, sino al revés, acabé por acomodarme á su parla estrafalaria, atiborrando mi memoria de vocablos bárbaros y de solecismos atroces.

He dicho más de una vez que sentía particular inclinación á los parajes solitarios y á las excursiones por los alrededores de los pueblos; pero en Ayerbe, una vez satisfecha la curiosidad que me inspiraban sus montañas, su humilde río, cortado por alto azud y escoltado por frondosos huertos, y, sobre todo su vetusto y romántico castillo que desde lo alto del monte parecía contarnos melancólicas leyendas y lejanas grandezas, sentí la necesidad de sumergirme en la vida social, tomando parte en los juegos colectivos, en las carreras y luchas de cuadrilla á cuadrilla, y en toda clase de maleantes entretenimientos con que los chicos del pueblo gustaban solemnizar las horas de asueto.

Tienen los juegos de la niñez, y particularmente los juegos sociales en los que se combinan, en justa proporción, los ejercicios físicos con las actividades mentales, una gran virtud educadora. En esos certámenes de la agilidad y de la fuerza, en esos torneos donde se hace gala del valor, de la osadía y de la astucia, se avaloran y contrastan las aptitudes, se templa y robustece el cuerpo, y se prepara el espíritu para la ruda concurrencia vital de la edad viril. No es, pues, extraño que muchos filósofos y educadores hayan afirmado que el porvenir de un hombre está en su infancia, y que Froëbel, Gros, France y otros, hayan concedido al juego de los niños una gran importancia para el desarrollo de sus aptitudes y para el conocimiento del mundo.

“Jugar, ha dicho Thomas, es aplicar los propios órganos, sentirse vivir y procurarse la ocasión de conocer los objetos que rodean al niño, objetos que son para él un perpetuo milagro.” Por mi parte, siempre he creído que los juegos de los niños son una preparación absolutamente necesaria para la vida y una gimnasia instructiva, por cuya virtud el cerebro infantil apresura su evolución, recibiendo, según los temas preferidos y las diversiones más ejercitadas, un sello específico moral é intelectual, de que dependerá en gran parte el porvenir.

Esperamos que estas consideraciones nos excusen, á los ojos del lector, de que consagremos al examen de los juegos y travesuras de nuestra niñez, mayor espacio del que se suele conceder á estos asuntos en todas las biografías. Lo exige así el plan de este libro, cuyo fin es demostrar cómo las condiciones del medio en la puericia imprimieron una cierta dirección á mi vida de hombre, y crearon ventajas y defectos de grandes consecuencias en la lucha por la existencia.

En cuanto amainó la mala voluntad de los muchachos para

conmigo, concurrí, pues, á sus diversiones y zalagardas; tomé parte en los juegos del peón, del tejo, de la *espandiella*, del marro, así como en las carreras, luchas y saltos en competencia; hallando en todas estas diversiones esa alegría que va asociada á la actividad moderada de todos nuestros órganos y á la impresión personal del acrecentamiento de la energía muscular y de la flexibilidad de las articulaciones. Ya lo dijo Aristóteles y lo han repetido muchos educadores, singularmente Bouillier; "hay placer, dice este autor, cuantas veces la actividad del alma se ejerce en el camino de su naturaleza y según el sentido de la conservación y desenvolvimiento del sér.". En efecto, la inactividad es para el niño el mayor de los dolores. ¡Qué dicha tan grande sentirse crecer y mejorar, tener la conciencia plena de nuestra evolución; y al contrario, ¡qué pena debe ser en el viejo la convicción de la propia decadencia y de la regresión del organismo!

Pero los chicos de Ayerbe no se entregaban solamente á juegos inocentes: el tejo y el marro alternaban con diversiones harto más arriesgadas y pecaminosas. La guerra y la rapiña, sin consideración á nada y á nadie, constituían el estado natural de aquellos atrevidos rapaces. Descalabrarse mutuamente á pedrada limpia, romper faroles y cristales, asaltar huertos, y, en la época de la vendimia, arrebatat uvas, higos y melocotones; tales eran las ocupaciones favoritas de los grandullones del pueblo, entre los cuales tuve pronto la honra de contarme.

Muchas veces he procurado darme cuenta de esa vida de pillaje, á que con tanta fruición se entregan los chicos, sin acertar á explicármela de un modo satisfactorio. A tan perniciosa conducta debe contribuir, sin duda, el ansia de las golosinas impuesta al niño por la naturaleza, la cual exige el consumo diario de gran cantidad de substancias azucaradas, indispensables para reparar el continuo derroche de energía muscular (el azúcar se quema para producir calor y energía mótriz); pero esto no parece bastante. Precisamente casi todos los chicos que tomábamos parte en las depredaciones de huertos y viñas, teníamos en nuestras casas la fruta á canastas, por ser ésta en Ayerbe abundantísima y sumamente barata. Además, y por lo que á mí se refiere, mi familia poseía un frondoso huerto, y durante el estío y otoño, raro era el día en el que los clientes, agradecidos á los buenos servicios médicos de mi padre, no nos ofrecieran algún presente de frutas ó verduras. Sin embargo, leyendo los libros que tratan del gran problema de la educación y de la psicología de los juegos de la in-

fancia, he creído hallar la clave del enigma: el ansia de emoción, la atracción del peligro.

Con razón hacen notar los pedagogos que el niño, en sus juegos y empresas, gusta bordear constantemente el peligro; y así como, cuando pasea, prefiere al camino llano gatear por tapias y peñas, cuando juega escoge aquellas diversiones en las que sólo á costa de agilidad, de sangre fría ó de fuerza, puede evitar un accidente. Diríase que la próspera naturaleza procura embotar, con el hábito del riesgo, la excesiva impresionabilidad del alma infantil, preparándola así para las terribles pruebas de la edad madura.

Desde otro punto de vista, puede considerarse el niño como el representante de aquella hermosa edad de oro, en la cual, al decir de Cervantes, se desconocía el significado de las palabras *tuyo* y *mío*. En el fondo de cada cabeza juvenil, hay un perfecto anarquista y comunista. Hasta por la forma de sus facciones y desproporción de sus miembros se parece al niño, como nota Herbert Spencer, al salvaje. En virtud quizás de un fenómeno de atavismo, reproduce la infancia aquella faz embrionaria de la humanidad, caracterizada por no reconocer más propiedad privada que la de las armas, vestidos y mujeres. A semejanza del indio bravo, el niño es todo voluntad. Ejecuta antes que piensa, sin dársele un ardite de las consecuencias. Ante su violento querer, ante su absorbente individualismo, que se afirma constantemente con actos de pillaje y de vandalismo, las leyes son meramente nominales; obligan solamente en cuanto la fuerza las sanciona, es decir, cuando el padre, el amo y el guardia rural, armados respectivamente de bastón, garrote y escopeta, se constituyen en sus defensores y custodios.

A los instintos anarquistas del niño deben añadirse estos otros dos: la crueldad y la inclinación al dominio. Muy á menudo, á despecho de las reglas de la moral y de la buena crianza, complácese el niño en abusar de sus fuerzas, maltratando á los débiles y sujetándolos á su autocrática soberanía, que ejerce sin más miramientos que su santa voluntad, ni más límites que los trazados por el alcance de sus fuerzas y osadía.

No diré yo con Rousseau "que el corazón del niño no siente nada, que es inaccesible á la piedad y que sólo comprende la justicia", pero fuerza es confesar que los sentimientos de humanidad, caridad y compasión, hállanse en él muy poco desarrollados. A la manera de la mujer y del hombre del pueblo, el chico prefiere la tragedia á la comedia, como antepone también la vida ma-

leante, febril é intensa de la plaza pública al régimen monótono y acompasado del hogar y del colegio. Tales preferencias no nacen, en mi opinión, de instintos de agresión y de crueldad, sino que son la natural consecuencia de su propensión á la acción violenta y á las emociones nuevas y fuertes.

Yo opuse al principio algunas resistencias á los juegos brutales, así como á las poco recomendables hazañas del escalo de huerτος y rebato de frutos. Pero el espíritu de imitación y la adaptación al medio, pudieron más en mí que los prudentes consejos de mis padres y los mandamientos del Decálogo. Una cosa hubo empero, en que mi caballerosidad nativa no transigió nunca: fué el abuso de la fuerza con el débil, así como la agresión injusta y cruel. El sentimiento de la injusticia, que ha sido siempre una de mis virtudes, ó digamos debilidades, afirmábase ya por entonces vigorosamente, y se afirmaba en un medio moral en que el abuso de la fuerza, la cueldad y la insensibilidad eran la regla corriente de conducta.

Decía á Pablos, su tío el verdugo de Segovia: "Mira, hijo, con lo que sabes de latín y retórica, serás singular en el arte de verdugo." Esta frase graciosa de Quevedo, encierra una honda filosofía. Los rápidos progresos que yo hice en la vida airada de pedreas y asaltos, de ataques á la propiedad pública y privada, prueban, sin duda, que la geografía, la gramática, la cosmografía y el francés que me había enseñado mi padre, no fueron del todo inútiles. Tengo para mí, que dichos conocimientos, tempranamente adquiridos, produjeron, un cierto fondo de cultura y un hábito de pensamiento y de imaginación, que me permitieron sobresalir rápidamente entre los ignorantes pilluelos que me rodeaban, superando á muchos de ellos, así en la maquinación de ardides, picardías y diabluras, como en el dominio de los juegos y luchas á que consagrábamos nuestras horas de vagar.

Pronto tuve camaradas entusiastas, compañeros de glorias y fatigas que emulaban mis flores y habilidades; recuerdo entre ellos á Tolosana, Pena, Fenollo, Sanclemente, Caputillo y otros, á los que vino á juntarse más adelante mi hermano Pedro, dos años más joven que yo. Merced á una gimnasia constante, mis músculos adquieren desarrollo, mis articulaciones agilidad y mi vista perspicacia. Saltaba como un saltamonte, trepaba como un mono, corría como un gamo, escalaba una tapia mejor que una lagartija, sin sentir jamás el vértigo de las alturas, aun en los aleros de los tejados y en la copa de los nogales; y en fin, manejaba el palo,

la flecha, y sobre todo la honda, con singular tino y maestría.

Tantas y tan provechosas aptitudes no podían estar ociosas; y en efecto, no lo estuvieron. Nuestra habilidad en asaltar tapias y en trepar por los árboles, diéronnos muy pronto triste celebridad. Cobrábamos censos, diezmos y primicias, sobre habares, huertos, viñas y olivares; para nuestra cuadrilla se criaban los más sabrosos albérchigos, las más dulces brevas y los más suculentos melocotones. De nuestras reivindicaciones comunistas, informadas en un espíritu de niveladora equidad, no se libraban ni el huerto del cura, ni el cercado del alcalde. Ambas potestades, la eclesiástica y la civil, nos tenían completamente sin cuidado.

En fin, yo me dí tanta traza en asimilarme las bellaquerías, burlas y picardías de los chicos de Ayerbe, que llegué á ser uno de los muchachos á quienes los padres tenían en el *Indice de las malas compañías*. Con mostrarme tan diligente y dispuesto en todo género de travesuras y algaradas, había algunas, singularmente aquellas en que entraba por algo la mecánica, en las cuales todos conocían mi superioridad. Mi concurso, pues, era solicitado por muchos y no siempre para cosa buena.

¿Había que armar una cencerrada contra un viejo ó una viuda casada en segundas ó terceras nupcias? Pues allí estaba yo disponiendo los tambores y cencerros y fabricando las flautas y *chifletes*, que hacía de caña, con sus correspondientes agujeros, lengüetas y hasta llaves. Una serie de pacientes tanteos y experiencias, me había enseñado las distancias á que debían hacerse los agujeros para que resultasen los tonos y semitonos, así como la forma y dimensiones de las lengüetas. Recuerdo que algunas de mis flautas, que abarcaban cerca de dos octavas, sonaban con el timbre é intensidad del clarinete; y así me ocurrió más de una vez, ejecutando de oído algunas melodías populares, ser tomado por músico ambulante.

¿Disponíase una pedrea en las eras cercanas ó camino de la fuente? Yo era el encargado del delicado cometido de fabricar las hondas, que hacía de cáñamo y de trozos de becerro que los chicos me traían. Más de una vez ocurrió que, faltando el becerro viejo, tuvimos que echar mano del material de los borcegués, cuya altura disminuía progresivamente. ¡Quién podrá contar la indignación de nuestros padres al comprobar aquella singular evolución retrógrada, en cuya virtud el que fué flamante borceguí venía á parar en raquílica zapatilla!

¿Jugábase á guerreros antiguos? Pues nadie sino yo debía agen-

ciar los yelmos y corazas, que hacía de cartón ó de latas viejas, y sobre todo elaborar flechas, en cuya industria adquirí gran pericia. En efecto; mis flechas no sólo tenían gran alcance, sino que marchaban siempre en línea recta, sin oscilar en el aire ni volverse del revés. Un cierto espíritu de observación que en mí se desarrollaba, con ocasión de estos juegos, me hizo ver pronto que el asta ó varilla de la flecha debe pesar menos que el hierro, y ser perfectamente lisa y recta, á fin de que el proyectil no cabecee y se tuerza en su trayectoria y vaya directamente á clavarse en el hito. En consonancia con este principio, fabricaba el asta de caña y substituía los clavos ó alfileres que otros usaban á guisa de punta, con el cuento de las leznas rotas de zapatero. Este cuento ó espiga, tiene forma de lanza, pesa bastante, y convenientemente aguzado y bien sujeto al asta de caña por un bramante embreado, constituye un excelente hierro de dardo. Como arco, me valía de un largo y robusto palo de boj verde, trabajosamente encorvado, y de cuya excelencia en punto á fuerza y elasticidad me había asegurado comparando arcos fabricados con casi todas las maderas conocidas en el país.

Ya se comprenderá que tamañas flechas, las cuales en batallas con camaradas solía yo embotar, á fin de no herir gravemente á alguno, no se empleaban exclusivamente en vanos ni románticos simulacros de guerra antigua; servían también para menesteres más utilitarios. Cazábamos con ellas pájaros y gallinas, sin desdeñar los perros, gatos y conejos, si á tiro se presentaban.

Por cierto que estas empresas cinegéticas costáronme grandes palizas, disgustos y persecuciones sin cuento, pues aunque todos participábamos en las citadas fechorías, no se mataba perdiz ó reclamo en jaula, ni conejo ó gallina en corral, cuya responsabilidad no se me imputara, bien en concepto de autor material, bien á título de fabricante del cuerpo del delito, ó bien, en fin, como instigador á su comisión.

Merecida ó exagerada, mi fama de pícaro y de travieso crecía de día en día, con harto dolor de mis padres, que estallaban en santa indignación cada vez que recibían quejas de los vecinos perjudicados. Las tundas domésticas vinieron frecuentemente á reforzar las sufridas de las manos de los querellosos, manos harto más duras que las bondadosas de mi madre. Vine de esta suerte á pagar con las propias las culpas de muchos, con gran contentamiento de mis cómplices, que se lavaban las manos, abandonándome constantemente en la estacada.—SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

LOS OBREROS Y ARTESANOS

EN LAS CORPORACIONES ELECTIVAS

(CONCLUSIÓN)

Por desgracia, no es mucho lo que se debe á los gobiernos, en lo concerniente á desarrollar las fuentes de riqueza del país: la Industria y la Agricultura. Fuera del interés é iniciativas particulares apenas se debe nada á nadie. Sin el concurso de éstos la producción española sería todavía medioeval. Así y todo nuestros productos, salvo raras excepciones, no pueden competir, ni con mucho, en el mercado internacional. Necesitamos el concurso extranjero para servir necesidades del interior, y si algo se ha ganado en este sentido—vergüenza da decirlo—es debido á la intervención de compañías extranjeras que explotan nuestros grandes negocios nacionales. Minas, ferrocarriles, tranvías, fabricaciones, etcétera, llevan en su mayor parte el sello forastero. Y no sólo se llevan las ganancias, sino que hasta muchos empleados vienen de fuera. Consejeros, directores, obreros técnicos, capataces y demás, ponen de relieve nuestra insuficiencia. ¡Sólo los braceros españoles están en mayoría! Con gran trabajo tres ó cuatro oficios han llegado al rango de grande industria; y son azucareras, industria textil y del hierro. Lo demás apenas ha salido de su estado rudimentario. Nada hay que decir de la Agricultura. Son por nosotros casi desconocidas las modernas máquinas agrícolas. Los útiles y aperos del trabajo en el campo, se remontan á una antigüedad extraordinaria. Con ser éste un país eminentemente agrícola y con un suelo que para sí quisieran muchas naciones, nuestra recolección es relativamente insignificante. ¡Con gran abundancia de brazos existen todavía tantos kilómetros de terreno sin cultivar! ¿Y para qué citar más hechos de todos conocidos? Solamente, en cuanto al punto de vista económico, hemos de agradecer al Estado, ya que no iniciativas y estímulos, sí fuertes tribuciones que dificultan mucho más el lento desarrollo económico del país.

Cuanto al punto de vista político sucede lo propio. Si bien, en cuanto á la ley escrita se refiere, España figura en la primera fila de los pueblos civilizados, en la práctica de dicha ley estamos por debajo de muchas naciones. En pocos países, como en el nuestro, ha echado tan hondas raíces el caciquismo. Los cargos más elevados de la nación no se otorgan, con frecuencia, á personas competentes, sino á los amigos y paniaguados de los jefes de partido. Di-

recciones generales, Ministerios, Magistraturas, etc., algunas veces los hemos visto en manos de personas que podrían brillar por su ignorancia. Las componendas y trapacerías han llegado á ser cosa ordinaria. Sufragio universal, Jurado, y demás instituciones aparecen convertidas en vergonzosas caricaturas. No citaremos más detalles, pues creemos que en el ánimo de todos está de manifiesto la verdad de lo dicho. Únicamente hemos de poner de relieve que todos estos hechos y muchos más, han creado una masa indiferente y un pueblo excéptico en lo que al ejercicio de sus derechos se relaciona. Cuanto al cumplimiento de ciertos deberes, nada hay que decir; éstos se cumplen; caso contrario, la fuerza armada se encarga de lo demás.

¿Y qué diremos cuanto al punto de vista social? ¡Pobre España! Para su vergüenza produce estadísticas en las que figuran con cifras escandalosas los que no saben leer ni escribir, sin contar entre éstos los que leen sin saber lo que leen. Nuestras costumbres alcanzan un nivel tan bajo, que se nos conoce más que por nuestra historia de otros tiempos, por nuestros bailes flamencos y corridas de toros de ahora (alguien nos objetaría que no boxeamos). Nuestros personajes tienen siempre plato y mesa disponibles para los *matadores de cartel*; en cambio ven impasibles el fin desastroso de personas instruidas. La ciencia patria menospreciada. Los sabios que honran la tierra de Cervantes han de entregarse á una labor continua para poder vivir con estrechez; trabajó que, las más de las veces, les apartan del cultivo de la rama del saber en que son verdaderas eminencias. Menendez Pelayo, Ramón y Cajal, Benot y demás lumbreras españolas quizá han sido primero apreciados y conocidos por los de fuera que por los de casa. Toda su ciencia es debida á su esfuerzo personal y á sus privaciones. Sin ellos, nuestra patria, como dice el eminente histólogo aragonés, «*á la manera de los pueblos salvajes, cambiaba algunos pocos productos naturales por libros, ciencia, filosofía y maquinaria. Cuanto lleva el sello del pensamiento y del genio humano venía de fuera; de nosotros tomaba el extranjero solamente la obra del sol y del agua*». ¿Y á qué seguir si nos haríamos interminables? Con muchas tabernas y centros de perdición, y pocos, muy pocos estímulos para el noble trabajo, no puede haber otra cosa que un ambiente social empobrecido y degenerado.

En esta obra son cómplices también los que gobiernan, cuya herencia recogen las masas populares. Reflexiónese, pues, dejando á un lado todo espíritu sectario y prejuicio de escuela, la situa-

ción en que se halla la clase obrera. Abandonada totalmente por el Estado cuanto se relaciona á la garantía del trabajo, que es su vida; con un porvenir cada día más oscuro por la mayor concurrencia de brazos que producen el aumento de población y el desarrollo de las máquinas; negado el ejercicio de los derechos que la ley concede para defender sus intereses dentro de medios prudentes y pacíficos, propios de hombres civilizados; y educada en un ambiente social donde se respira el aire de los vicios, miseria é ignorancia, no es de extrañar que tienda á meterse en los caminos del odio, la desesperación y la violencia.

Existe, sin embargo, una buena parte de la clase obrera, la cual, desengañada de alcanzar por la protección oficial lo necesario á sus necesidades, se propone conseguirlo, por cuenta propia, sin acudir á medios reprobables. Larga y penosa es la labor; mas no faltan, por fortuna, hombres de buena voluntad, tesón y energía que, laborando constantemente en la opinión, consiguen, aunque muy lentamente, abrirse paso. Hay sin embargo una gravísima dificultad; la tenaz é injustificada oposición que encuentran. Lo más razonable sería que (tratándose de ciudadanos en el pleno goce de sus derechos políticos y sociales, y mucho más de fuerzas obreras, á las que conviene educar y hasta separar de ciertas propagandas) los encargados de cumplir y hacer cumplir la ley dieran diertas facilidades en su apoyo. Lejos de eso, ponéseles toda clase de inconvenientes, y llega el escándalo á tal extremo, que no sólo se pisotea la ley, sino se cometen verdaderos atropellos. Acuden á los comicios para conseguir algún puesto en las corporaciones electivas, y desde la eliminación del censo hasta el robo de las actas, cuando salen triunfantes, no se perdona medio alguno. Se les niega capacidad legal é intelectual. Se les considera perjudiciales. Se les desprecia, en fin.

¿Y tan mala había de ser la gestión de los obreros en las corporaciones? Creemos que no. Por muy mal que cumpliesen su misión ¿lo harían peor que los representantes no obreros? Sin su intervención, la administración municipal y provincial ha llegado á la desmoralización. El Parlamento no ha necesitado que los obreros penetren en él para convertirse muchas veces, en refidero público. ¿No constituye, pues, una injusticia negarles la entrada, puesto que llevan la representación no precisamente de un partido, sino de una clase, sin duda alguna la más numerosa? Es más, parécenos hasta necesaria su intervención en los asuntos públicos, que después de todo, sus ventajas á la mayoría del vecinda-

rio deben aprovechar: nadie como ellos ha de trabajar porque la vida se abarate, puesto que á nadie le interesa tan directamente; y esto beneficiaría los intereses de todos, excepción hecha de los acapadores y monopolizadores de los artículos de consumo y de los envenenadores del público. El impuesto de consumos, sobre ellos gravita más que sobre nadie; y á debilitarlo poco á poco, ya que es muy difícil suprimirlo de una vez, irían encaminados sus esfuerzos. Cuanto al punto de vista de la educación, nadie como los obreros necesita desarrollar la enseñanza. No necesitan los municipios su presencia para dejar morir de hambre á los maestros. Quizá con su influencia sucediera lo contrario. Sabido es que las epidemias diezman las familias obreras por lo insalubre de las habitaciones; pues á fomentar la higiene y á urbanizar la población dedicarían sus energías. Y en cuanto al desarrollo de la riqueza como medio de ocupar sus brazos, nadie quizá daría más impulso á la Agricultura y á la Industria.

En resumen, la acción de los obreros en los centros electivos, ha de ser beneficiosa para los intereses generales. De todos modos, ¿qué se consigue con cerrarles el paso? Sus aspiraciones han de manifestarlas igualmente. Negarles la entrada es no cumplir la Constitución del Estado quien está encargado de velar por ella; ó manifestar ridículo temor que, más que otra cosa, pone de relieve intereses particulares, que dentro de las corporaciones habían de fiscalizar y combatir los trabajadores.

Medítese detenidamente acerca de las fatales consecuencias que, en el orden social, pueden traer para nuestra patria la conducta seguida con los de abajo. Percátense quien pueda y deba de la situación del pueblo obrero, pues creemos aún es tiempo de conducirlo por el camino del bien. Pero si nada se hace en su beneficio; si sólo se cuenta con él para esquilmarle con fuertes impuestos; si no se le educa; si no se le instruye; y si encima de todo esto se le cierran las puertas de la legalidad, único medio de lucha racional y digno, no debe extrañar á nadie que acuda á medios violentos que sólo aconsejan el odio, la desesperación y la miseria.

De desear es que suceda lo contrario. Que unos y otros depongan su actitud y vengán á un acuerdo para bien de la humanidad, de la civilización y de la patria.

ISIDORO ACHÓN,
Obrero de las artes gráficas.

Zaragoza, 15 de Noviembre de 1901.

MÁS SOBRE MARRUECOS

Tengo bien presente en la memoria que nunca segundas partes fueron buenas y que me expongo, al tratar de nuevo estas cuestiones, á encontrar el público cansado y prevenido en contra; pero las circunstancias actuales exigen que nos preocupemos de los asuntos marroquíes, aunque no tengamos ganas: el hierro se ha de trabajar cuando está caliente.

La tempestad, que hace tiempo anunciábamos, amanece ya sobre la línea del horizonte. Al propio tiempo que España, por reclamación colectiva de todas las potencias, ha obligado al Sultán á reunir tropas contra una tribu de las provincias del norte del imperio, para rescatar la familia española secuestrada, y allá en los confines del sureste se debaten con calor los hitos fronterizos entre las comisiones marroquí y francesa, en la parte oriental han aparecido asesinados y robados, dentro de las provincias argelinas, dos oficiales franceses: esto es ya un relámpago que sacudirá la atmósfera caldeada: Inglaterra, que no puede gritar muy alto por habérsele atravesado en la garganta las repúblicas de Orange y del Transvaal, se desliza sigilosamente en Marruecos, proveyéndolo de armas y enviando á sargentos del ejército inglés de Egipto para que instruyan á las tropas del emperador, con lo cual refuerza la influencia militar del Cáid Maclean, aventurero inglés que desde hace muchos años viste albornoz y forma parte del cuartel real marroquí. Portugal, instigada y animada por la generosa Albión, ha elevado la categoría de su representante en Tánger, para que en la balanza diplomática pueda sentirse mayor peso de la ambición inglesa. Y Alemania, con la excusa de que tome el pulso á las señoras y concubinas de Abdelaziz, ha metido á un médico alemán en el interior de la corte de Marruecos.

Se ven, pues, nubes acumuladas alrededor del imperio y cargadas de electricidad.

Los únicos terrenos que posee España, fuera de la Península y Baleares, necesarios para su seguridad interior, como son los presidios de Melilla, Ceuta, etc., pueden quedar amenazados al suscitarse un conflicto; y la suerte de cerca de 200.000 españoles que pueblan los países costeros del norte de Africa, pendiente de un hilo á cualquier contingencia. ¿Es prudente dormir con pasividad y pereza ó permanecer discutiendo si es posible encontrar sucesor á un político octogenario, cuyo oficio es balancearse en la mecedora presidencial?

Si notáramos que los gobiernos se preocupan, que los políticos trabajan y previenen, y á la opinión despierta, podríamos callar y no insistir; pero el horizonte á nuestro alrededor se cubre, el relámpago chispea y los intereses de España al descubierto sin que voces de alarma nos avisen... ¿es sordera?... pues, gritaremos haciendo sonar los más agudos clarines. Desde el número presente, hasta cuando quiera Dios, en la

REVISTA DE ARAGÓN aparecerá un artículo sobre nuestra política marroquí, con los siguientes fines: 1.º, despertar á los dormidos y perezosos; 2.º, exponer lisa y francamente, á quien corresponda, la causa de los persistentes fracasos en las variadas tentativas que hemos hecho los españoles; y 3.º, definir la conducta que se ha de llevar para que se respeten nuestros derechos, proponiendo los remedios necesarios, no en vista de satisfacer ambiciones y locuras, sino para la defensa de la integridad nacional, que quedaría amenazada desde el instante en que Marruecos cayese en manos de alguna potencia europea.

* * *

Parece mentira cómo siendo las causas de nuestros fracasos de tanta magnitud y bulto no la vean ó palpen hasta los ciegos.

Es corriente entre los que están enterados de las costumbres marroquíes, que los teólogos musulmanes y los santones ó morabitos suelen, como remedio á las enfermedades de los devotos que imploran su asistencia ó consejo, estampar en un trozo de papel versículos alcoránicos ó signos cabalísticos de efecto mágico (según ellos). Los mentecatos que reciben esas fórmulas se tragan el papel, ó se lo aplican á la parte dolorida, en la confianza de que eso ha de curar sus males.

Ocurre á veces que alguno de esos infelices, desesperados ya, se presenten á un médico europeo, para que les den alguna medicina; y el médico, siguiendo la costumbre europea, receta y le entrega la fórmula. El moro, entonces, pensando que es un amuleto el papelito que le dan, hace con la receta lo que acostumbra hacer con el papel de los santones: se la traga.

Casos tales son comentados con explosiones de risa en las tertulias europeas de las ciudades marroquíes, y aun en los casinos de la corte de España, cuando algún gracioso los refiere; pero ¿qué cara pondríamos los españoles si nos dijeran que nuestra conducta en Marruecos apenas se distingue de lo que hace el moro que se aplica al vientre el papel de la receta? Y, sin embargo, nada hay para mí tan semejante. Nosotros bien hemos averiguado lo que algunos pueblos de Europa hacen en países donde se proponen dominar ó influir; nos hemos enterado de que hay recetas; pero las aplicamos con tal discreción que se parece al empleo del amuleto moro.

Supimos los medios que Francia empleó para dominar Argelia, v. g., la creación de oficinas de asuntos árabes, donde oficiales del ejército se aplicaban á conocer la lengua y los hábitos de los moradores para captarse las simpatías, y quisimos hacer cosa idéntica. Efectivamente, han transcurrido 50 años desde la toma de Tetuán, cuando eso se propuso, y no ha salido un solo militar que pueda leer aljamiado.

Hemos advertido la gran influencia que en país pobre y decadente puede lograrse con médicos y hospitales; y, al efecto, enviamos médicos é instituímos una academia ridícula y un hospital en Tánger. Los

brillantes resultados no los han podido notar más que los que han disfrutado del no insignificante sueldo que proporciona la institución.

Hicimos venir algunos jóvenes de Marruecos para instruirlos en nuestros colegios militares; y al cabo de algunos años, marcháronse adornados de todos los vicios que supimos inculcarles.

Con grandes sacrificios conquistamos ó guardamos plazas fronterizas en el norte de Marruecos; y nos hemos arreglado de manera que permanecemos como buhos sobre peñas solitarias, ahullando á la tenue claridad de las estrellas.

Hemos instituído cátedras en nuestros grandes centros de enseñanza, con tal organización, que los alumnos, convencidos de que lo que aprenden les ha de ser completamente inútil, desiertan con horror, sin tomar el gusto á estas aficiones.

Sostenemos personal bastante numeroso y no muy mal retribuído en la carrera consular; y no hemos logrado un solo individuo hábil para estudiar la conducta diplomática de nuestra patria con los países musulmanes; y ahí se está pudriendo, en un archivo del Estado, la mejor y más rica colección de documentos diplomáticos árabes que en el mundo existe, ignorada al parecer de las doctas Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas y... ¡silencio! ¡no digamos nada... que la polilla consuma lentamente lo que de conservarse podría delatar nuestra desidia.

¿Cómo hemos de hacer cosa útil si no queremos trabajar, ni dejar que otros trabajen?

Los políticos suelen ver en Marruecos un ente ideal, abstracto, del que, sabiendo cuatro cosillas, puedan discurrir imaginarios conceptos y vestirlos con el ropaje de la filosofía política que suele gastarse en el torneo de nuestras cámaras. Y la masa del pueblo español se entera de la existencia del imperio marroquí, como de las ruinas de Itálica famosa, leyendo algunas obrillas subjetivas en que se habla del misterioso harem, de aromáticos perfumes, de ocultos placeres, con la curiosidad malsana y enfermiza de una histérica.

¡Ah! cuando el pueblo es necio y apático, no debe sorprender que manden algunos políticos botarates. Si falta discreción para distinguirlos, y voluntad para ayudarles, ¿qué ha de resultar?

No es lo peor que haya literatura marroquí lírica y subjetiva para uso de señoras, sino que ésa precisamente sea la única información de los que allá mandamos: la que suele adquirirse en los primeros días de residencia en Tánger, en los que al rozar con los blancos fantasmas de flotantes vestiduras que transitan por las empinadas callejuelas, se sienten arrebatos y vértigos de embriagadora poesía y alucinación. Bien que al poco tiempo se les cae el alma á los piés, y se evaporan las arrobadoras ilusiones, al contacto de la suciedad real, y nace, por reacción en el alma, el desprecio á todo lo que se relaciona con los mentecatos

moros. Después de vista la realidad, ¿qué persona decente va á ocupar-se del problema marroquí? Eso da asco: es materia indigna de pechos generosos.

Ese tránsito de sentimientos opuestos, no es raro que lo sufran los propios arabistas: al comenzar el estudio de la lengua, encuentran éstos dificultades en los textos más sencillos, y á fuerza de idas y venidas al diccionario y de hipótesis y cavilaciones para interpretar la más rudimentaria idea, llegan á creer que la lengua árabe tiene misteriosas sugerencias, y que los autores musulmicos disfrutaban de extraordinaria y exuberantísima imaginación, que llaman oriental. Luego, á medida que se familiarizan, se van condensando las etéreas y vagas concepciones, y acaban por cristalizarse en desdén de la civilización musulmana y en odio á todo lo árabe. Esto exactamente, es lo que ha ocurrido á uno de nuestros más ilustres orientalistas contemporáneos.

Y hé aquí la situación de los españoles: vernos comprometidos forzosamente en la cuestión marroquí, por nuestra posición geográfica; no poder permanecer indiferentes en lo que afecta á intereses muy vitales; y nos encontramos sin rumbos en la opinión, ni criterio definido, ni fuerza en los gobiernos, sin cuerpo diplomático instruído, sin una entidad organizada, ni institución, cuerpo ó instrumento adecuado para el consejo ni para la obra.

De la culpa á todos toca nuestra parte; á todos me dirigiré predicando una cruzada contra la desidia, la pereza, la necedad y todos los obstáculos que en este camino encuentre; exhortaré á fin de que todos esos inútiles instrumentos en quienes parece fiar España, se reformen y unifiquen, para que la emulación se despierte y el interés y el estudio se avive. Y para mayor garantía de honradez, pediré que todo se haga público: digan lo que quieran los partidarios del método secreto, en la plaza hay mucha mayor moralidad que en la alcoba.

Aun podemos, siendo hábiles, hacer respetable nuestra mediocridad y pobreza; mas es preciso acometer, con eficaz propósito, lo necesario para prevenirnos con tiempo. Esto requiere muchos años y constante voluntad: las improvisaciones en estas materias son imposibles.

Nuestro intento, en artículos sucesivos, lo constituye indicar de un modo concreto y bien señalado la conducta que las circunstancias nos imponen; y las reglas serán *fáciles*, para que el público se entere, *acomodadas á nuestros medios y fuerzas, y á propósito para el fin de la empresa y en vista del éxito.*

Y si no consigo nada con peroraciones, al menos habré satisfecho una deuda de honor que contraje. El Estado español pagóme en cierta época los gastos de un viaje á Marruecos; hice entonces lo que supe por cumplir la misión que se me había confiado; pero nunca me consideraré libre de esa deuda de gratitud hacia mi patria.

JULIÁN RIBERA.

Zaragoza, 24 Enero, 1902.

PEDRO Y JUANA

(CONCLUSIÓN)

—¡Pedro...!—replicó Andrés después de unos instantes de duda, como si sus ojos se negasen á dar crédito á la realidad.

—Yo soy—agregó el otro con voz firme.

—¿A qué vienes?

—A lo mismo que tú: á dentrar á ese corral; pero como allí no cabemos los dos, ahura mesmo nos vamos á jugar la vida, y el que la gane... aquél saltará la tapia.

Quedóse Andrés indeciso y absorto ante la decidida y enérgica actitud de Pedro; de aquel Pedro á quien siempre había tenido por hombre pusilánime y de pocas obras, porque jamás se había terciado en pendencia alguna, y ahora se le presentaba á desafiarle, cuchillo en mano, en las afueras del pueblo, sin más testigos que el tenue resplandor de las estrellas, y arrogante con la arrogancia que presta el desprecio á la vida, fiero con la fiereza de los celos que desgarran el corazón y astuto con la astucia de la hiena cuando le arrebatan los cachorros.

La verdad, Andrés, como todos los bravos de oficio cuando ven el peligro inevitable y cierto, tuvo miedo. Se quería demasiado á sí mismo para jugarse la vida tan inesperadamente, y no quería lo bastante á Juana para sacrificarla en aras del amor.

El dilema se presentaba inflexible y había que resolverlo al momento. O luchar hasta matar ó morir, ó confesarse débil y cobarde. Para no pasar por la vergüenza y corrimiento de esta humillación, pretendió evadir el encuentro con estas palabras, dichas aún con cierto dejo de matonería.

—Paice mentira, Pedro, que me digas eso, cuando sabes que somos amigos de toda la vida; y está mal empleoo que dos amigos se maten por una mujer.

Ya fuese por atavismo de raza ya por instintivo arranque de nobleza, el caso es que Pedro sintió, aunque á su modo, ese caballeroso culto á la dama, tan castizo y netamente español. De ahí que le contestase indignado:

—Pues yo, aquí y en metá de la plaza, lo mesmo de noche que de día, por esa mujer me mato con el mozo mejor plantao.

—No te acalores, hombre—replicó el otro con tono amistoso y deseando acabar con situación tan difícil y vergonzosa.— Libre te quedas por mi parte, y cástate con ella cuando te acomode, que no seré yo quien te ponga estorbos. Y ahora—dijo alargándole la mano—chócala y tan amigos como denantes.

Pedro, no sólo rehusó aquella prueba de amistad, sino que, tomándole el arma que traía bajo la manta, añadió con entereza y sangre fría:

—Pues ya que no te quieres matar conmigo, venga el trabuco.

—Arrepara lo que haces—replicó Andrés ahogándose de rabia.

—O sueltas el trabuco ó te parto el corazón—interrumpió Pedro blandiendo el cuchillo en el aire.

—Ahí lo tienes.

—Y ahora—terminó aquél—cada cual por su camino, y por lo tocante á esa mujer, pa tú,... óyelo bien, pa tú como si no hubiera nacido.

Se fué Andrés sin replicar una palabra, y Pedro se quedó junto á las tapias del corral viéndole alejarse y perderse al fin entre las sombras. Envainó entonces el cuchillo, se colgó el trabuco al hombro, dirigió una mirada triunfal á las ventanas de la casa de su novia y murmuró muy satisfecho al tiempo de partir:

— ¡Aspéralo sentada!

*
*
*

Ocho días después de los sucesos anteriormente narrados recibían Pedro y Juana la bendición al pie del altar.

La ceremonia se verificó al anoecer sin aparato ni ostentación alguna á causa del reciente luto. Sólo asistieron los parientes más cercanos de los novios.

La cena más parecía de entierro que de boda. Juana estaba pálida, ojerosa y triste. Ni una vez dirigió la palabra á su marido.

Pedro, por su parte, tampoco revelaba la satisfacción natural de quien realiza sus ilusiones y colma la medida de sus anhelos. Tenía el mozo más que suficiente criterio para comprender que si bien era el marido de Juana, el poseedor único de la mujer que tanto quería, le faltaba mucho para que fuese suya del mismo modo que él de ella. Pero no desmayaba su ánimo con tales pensamientos. Queriéndola con toda su alma, pensaba él que ya bastaba para llegar al fin, y que tarde ó temprano correspondería ella á su pasión, como si esa reciprocidad de afectos fuese ley ineludible y fatal del corazón humano. La idea, pues, de conquistarla, de hacerla suya y de quedar unido para siempre á ella con lazo de amor inquebrantable y puro, mejor ó peor definida y más ó menos aliñada ó tosca, parecía incrustarse en aquel cerebro, donde la clásica tozudez aragonesa tenía su natural asiento y morada.

A eso de las nueve acabó la cena.

La señora Petra, en nombre y representación de los del consejo de familia, enderezó á los novios, á guisa de paralipómenos de la epístola de San Pablo, las siguientes palabras:

— Vaya hijos, aquí sus quedáis. Trebajador y honráu es tu marido—continuó dirigiéndose á su sobrina, que escuchaba el discurso con la mirada baja—y en jamás de los jamases se ha oído una mala voz de su persona. Lo que será después sólo Dios lo sabe, pero al presente tranquila tengo la conciencia por haber alcontrao lo que se nesecitaba para este caso. Ahora lo prencipal es que haiga paz y que sus llevéis los genios á un consonante. Todos faltamos en este mundo, de más á menos, pero vosotros ya no sois chicos y el conocimiento de las presonas debe servir pa disimular los defeutos del prójimo. Conque no digo más y buenas noches.

Desfilaron los comensales; Pedro los acompañó hasta el patio con el candil en la mano, atrancó la puerta y subió después á la cocina en busca de su mujer.

Hallábase Juana sentada en la cadiera del fogón con las manos cogidas sobre la falda, hundida la barba en el pecho, tan abatido su ánimo y turbada su mente, que casi ni se daba cuenta en aquellos momentos de su propia existencia. Todo lo sucedido desde la muerte de su padre le parecía un sueño. Si otras mujeres en caso igual al en que ella se veía entonces, y ante la proximidad de descorrer el velo de la nueva vida, siéntense embargadas por intensísima emoción, Juana, por el contrario, no quería ver ni pensar en nada. El porvenir le inspiraba horror, pareciéndole como si las negruras de insondable abismo la rodeasen por todas partes.

Se sentó Pedro junto á ella y quedóse contemplándola con miradas acariciadoras y anhelantes. Quiso hablar y no pudo. Era muy hondo y muy grande lo que sentía en aquellos instantes para que pudiese traducirlo en palabras. Tembloroso, convulso y ciego de felicidad, la rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí al mismo tiempo que acercaba sus labios á los de ella con febril excitación.

Al verse Juana tan fuertemente oprimida entre los brazos de su marido, sintióse presa de invencible repugnancia que la hizo volver á la realidad con violenta reacción de su espíritu desasosegado y turbulento.

—¡Apártate—gritó indignada—no te quiero á mi lado!—Y con rápido y nervioso movimiento se desasó de aquellos brazos que la sujetaban y fué á colocarse al extremo opuesto de la cocina. Allí se quedó derecha, arrogante, en actitud hostil y desafiadora, como Virginia ante Claudio.

Su alma entera se revelaba con fuerte impulso, no sólo contra aquel intento de posesión y dominio, sino que también contra la serie de imposiciones y mandatos ejercidos sobre ella al amparo de la ley.

—Ya has conseguido lo que querías—continuó con viril acento.—Ya eres el amo de esta casa y yo tu mujer, pero bien sabes que no lo soy por mi gusto ni por mi voluntad. Manda, pues, como te acomode en todo; en la casa y en la hacienda, menos en mi persona. Ni te acerques ande yo esté, ni te propases á tocar un hilo de mi ropa, ni pienses que yo dentre en tu cuarto, porque antes permitiré morir cien veces.

Cuando Pedro vió tan bruscamente rechazadas sus caricias, desencajado, tembloroso y con las manos crispadas, se alzó

del asiento para abalanzarse sobre ella, estrangularla y ahogar en sangre el primer abrazo de amor: pero las últimas palabras de Juana contuvieron su criminal impulso. Ya no significaban la mortificante privación de los deseos y apetitos de la carne, que transforman al hombre en bestia y que le provocan é incitan á salvajes atropellos, no, tratábase ahora de algo que como dardos finísimos herían su dignidad, su amor propio y su hombría de bien. Dolfase, pues, del ultraje á su persona, del desprecio de su amor y del olvido de sus nobles propósitos. Pedro sintió en lo más hondo del alma aquellas frases de protesta y de recriminación, porque, fuerza es confesarlo, la conciencia le acusaba á pesar suyo, y sintiéndose culpable no podía rechazarlas con un acto de agresión y violencia.

—No te sapes ni te apures por tan poca cosa—le dijo entonces con aparente calma y tranquilidad.—No pienses que me he casao contigo pa darte malos tratos ni pa hacerte enfeliz y desgraciada, sino pa darte de comer con mi sudor, pa hacerte sombra, y pa que se ajunten nuestros pechos y se den calor y se aduyen cuando haiga desgracias, ú pa que se desanchen á una cuando haiga alegrías. ¡Sí, Juanica, sí—añadió con exaltación—porque aun no sabes tú bien la ley que siempre te hi tuvido! Pero si quieres esbarrarte, vive como te acomode, que enjamás te aforzaré contra tus gustos. Sólo te advierto una cosa—concluyó con ademán amenazador—que antes de dar un mal paso te lo pienses mucho, porque...

—Por demás están esas advertencias—interrumpió Juana con aire altanero.—Con poca fantesía y mucha honra me criaron mis padres; así he vivido y así pienso morir, y si la indirecta va por Andrés, ten presente que ni él ni dengún na-

cido me harán [salir los colores á la cara.

—De ése no hay que hablar—replicó Pedro con indiferencia.—A ése le di un recadico á media noche hoy hace ocho días, y no hay cudiáu de que se acerque por aquí.

—¿Tú?—preguntó Juana con asombro.

—Yo.

—¿Pero tú sabías...?

—Ni una palabra—interrumpió su marido con aplomo—pero como yo sólo duermo cuando me conviene, le seguí sus pasos aquella noche hasta las tapias del corral con intinciones de matarme con él. No tenía muchas ganas de reñir al paicer—dijo con algo de socarronería—y yo entonces voy, y le quito el trabuco, y lo espacho á dormir.

A la mirada que Juana dirigió entonces á su marido, mezcla de asombro y admiración, agregó éste con acento despreciativo:

—La cosa no es del otro jueves: hay muchos hombres en el mundo que paicen catredales y ni sisquiera llegan á ermitas. Conque, buenas noches, y hasta mañana si Dios quiere—terminó después de breve pausa; y sin mostrarse agraviado ni ofendido tomó el candil y se dirigió á su cuarto.

Juana le siguió con la mirada sin moverse de su sitio y allí se quedó muda, suspensa y como anegada en un mar de confusiones y de pensamientos tristes.

Se sentó nuevamente junto al hogar porque ya no podía sostenerse en pie. Extremecíase de frío, y su cerebro, sin embargo, caldeaba como un horno.

Con no pequeño esfuerzo de inteligencia fué coordinando las ideas hasta recordar una por una las palabras de su marido referentes á su encuentro con Andrés, y con el recuerdo aumentaban su desconcierto y confusión. No era Pedro el hom-

bre que había ella imaginado, infacundo, soso, de voluntad floja y apocado carácter, sino que por el contrario sus palabras, y mejor que sus palabras sus hechos, probaban de modo indudable que ni le faltaba inteligencia y buen discurso, ni decidida voluntad y valor, como lo había demostrado la noche de marras con el majo Andrés. Ahora se explicaba, además, por qué no había acudido éste á la cita en la noche aquella, ni lo había visto en los días sucesivos.—Y la verdad es—se decía como corolario de estas reflexiones—que para jugarse un hombre la vida por una mujer se nesecita que le tenga mucha ley y que la quiera tanto como á su madre.

Con estos y otros pensamientos que suspendían cada vez más el ánimo de la atribulada novia, se pasó gran parte de la noche, hasta que rendida más que del sueño de luchar con tan violentas emociones se dirigió á su cuarto de soltera. Cerró la puerta tras sí, y cuando se disponía á acostarse llamaron su atención dos cofres que había á los pies de la cama, los cuales contenían la ropa de su marido, y junto á los cofres, apoyado en la pared, un trabuco de los llamados *naranjeros*:—Allí está—dijo contemplando el arma—La tomó después con algún recelo entre sus manos, la examinó detenidamente y vió que en la correa ó porta-fusil había escritas con tinta estas palabras: *Soy de Andrés Calavia*; y grabadas estas otras en la madera de la culata: *Viva mi amo*.

Quedóse algunos segundos con la mirada fija en aquel nombre, y dejando, al fin, el arma en el sitio de donde la tomó, dijo con cierto desdén:

—¡Dejarse quitar el trabuco un hombre como un trinquete... Paice mentira!

* * *

A la mañana siguiente, poco antes de salir el sol, ya estaba Pedro en la cocina

preparando la alforja con pan y vino y algo de fiambre para el mediodía.

También Juana se hallaba en pie á la misma hora, pero sin atreverse á salir de su cuarto. Sentía por una parte el deseo de interrogar á su marido á dónde debía llevarle la comida; pero la retuvo el amor propio que se negaba á dar un paso que significase sumisión y respeto después de lo sucedido en la pasada noche. Hasta pensó, y al pensarlo experimentaba halagadora sensación, si entraría él al tiempo de marchar á decirle dónde estaría trabajando; pero no contaba con la entereza de Pedro, el cual, siguiendo con paso firme la línea de conducta que se había trazado pocas horas antes, se echó el azadón al hombro y se encaminó hacia el monte.

Cuando Juana oyó cerrar la puerta de la calle, no pudo reprimir un movimiento de contrariedad y disgusto.

El resto del día lo pasó en un estado de abatimiento y tristeza indecibles. Jamás hasta aquel día, el primero de su luna de miel, le había parecido tan horrible la soledad, ni tan pesadas las horas.

No acertaba á explicarse su situación. Todo lo veía en su mente esfumado y borroso, como si Pedro fuese un ser imaginario y un sueño lo sucedido. Y sobre aquel flujo y reflujo de ideas tristes y confusos pensamientos alzabase ante su conciencia con lógica inflexible el hecho del matrimonio, la realidad del vínculo que le imponía el deber ineludible y sagrado del marido, vivir bajo su protección, amarle y al mismo tiempo ayudarle en la incesante y amarga lucha por la existencia. Así vivían y eso eran todos los matrimonios que ella había conocido. La misma fuerza, pues, de la realidad y de los hechos consumados parecía aplacar los conatos de sublevación y protesta de su espíritu, y sentía que algo, así como oleadas

de resignación con el destino y la suerte, venía á refrescar su imaginación calenturienta.

Cuando cerró la noche, llegó Pedro de vuelta del trabajo, dió las buenas noches y se sentó en la cadiera del hogar.

Juana, con más diligencia y afabilidad de lo que esperaba su marido, le sirvió la cena. Hablaron poco y de cosas indiferentes al principio. Ella contó la visita que le habían hecho aquella tarde sus tíos y su hermano Roque, que vivía con ellos; y él, sin levantar la vista y con acento tranquilo y sosegado al parecer, habló del estado de la cosecha «que se presentaba de buen roble sino venía una mala nube y se tenía mucho cuidado en escardarla». Ya ves—añadió con aire compasivo—á tu padre le sobaban años y le faltaban puños pa el trabajo, y la yerba se paice al buen querer, que cuanto mejor es la tierra en ande nace, llegan las raíces más adrento.

Juana debió de entender la alusión, porque bajó la mirada un tantico demudado el semblante y dió la callada por respuesta.

Acabada la cena Pedro tomó el candil y se retiró á descansar á su cuarto; y Juana, lanzando un suspiro entrecortado, no sabía si de dolor ó de despecho, se encaminó después hacia el suyo.

La misma escena con ligeras variantes se repitió al día siguiente, y así transcurrieron ocho días más.

Cierto es que Juana, durante este tiempo, no podía reprimir en algunos instantes los arrebatos de cólera que provocaba en su ánimo la conducta de su marido; mas al recordar que nadie sino ella tenía la culpa, el enojo se trocaba en arrepentimiento, del arrepentimiento pasaba á la compasión y de la compasión á la simpatía. Entonces deseaba que llegase la noche para hablar con él, estar á su lado y mirarlo atentamente, pues no sabía expli-

carse el fenómeno, pero como si hubiese algo de zahorí en su mirada, es el caso que ya no se detenía á contemplar las imperfecciones exteriores de Pedro, sino que ahondaba cada vez más, descubriendo bajo aquella piel terrosa y basta un alma grande, un corazón noble y generoso y una conciencia inmaculada y limpia: todo un conjunto de perfecciones de más alta estima que las del cuerpo, que le hacían superior á los demás hombres y por las que sentíase atraída con fuerza misteriosa, al mismo tiempo que un resto de altivez y de orgullo enfrenaba las expansiones de su naciente amor.

Cada noche alargaban más el palique después de la cena, mostrándose los dos más comunicativos y alegres. Esperaba Juana de un momento á otro que su marido insinuase el deseo de acabar con aquella situación anómala y violenta; pero él, que desde la noche de bodas no volvió á dar señales de sentirse agraviado, tampoco se desvió en este punto un ápice del camino que se había propuesto seguir.

En un hombre de instrucción y de mundo podría considerarse tan singular conducta como fruto de minuciosos estudios psicológicos ó de un exacto conocimiento del corazón humano; pero exigir ó suponer en Pedro tales sutilezas cerebrales, hubiera sido pedir cotufas en el golfo. El mozo obraba así como si dijéramos por instinto de conservación; porque la misma fuerza del cariño grande que sentía por Juana, le hacía presentir el triunfo si lograba mantenerse inflexible y tenaz, ó como se decía él á sí mismo «sin abajamientos de carácter.»

Durante aquellos días le pareció á Juana que se consumían y agotaban las energías de su espíritu. Considerábase pequeña y humilde ante la noble resignación y entereza de su marido, y hasta comenzó á

sentir horribles zozobras é inquietudes pensando si Pedro ya no la querría como antes, ó si aquel cariño se habría mudado en indiferencia ú odio.

Al cabo de los ocho días, excitada por el insomnio, nerviosa y triste al mismo tiempo, abandonó Juana el lecho y salió á la cocina al amanecer. Allí se encontraba ya Pedro tomando el clásico desayuno de la tierra: zoque de pan moreno y copa de aguardiente. Quedóse Juana indecisa ante la vista de su marido.

—¿Vas á la viña? le preguntó al fin con tono humilde.

—Sí—contestó Pedro.

—Pues, si te parece—continuó ella en la misma actitud—no pongas en la alforja más que pan y vino, que yo te llevaré la comida.

—Me paice bien,—dijo Pedro—precisamente el día es largo y cairá mu y bien al mediodía una miaja de caliente.

A las doce en punto salió Juana de su casa con la cesta de la comida, cubierta con blanca servilleta de cáñamo, apoyada en la cadera. Vestía aún de riguroso luto, falda y gabán de merino sin pliegues ni adornos y pañuelo de seda en la cabeza. La nitidez y finura de su ovalado rostro, impregnado de misterioso arrobo y plácida melancolía, resaltaba entre las negruras de la seda, como la cara de una Virgen de Murillo encerrada en marco de ébano.

El día, uno de los últimos de Abril, estaba quieto y apacible. En cuanto dejó atrás las últimas casas del pueblo, aspiró Juana con deleite el aroma que las flores de tomillo y romero saturaban aquel ambiente primaveral, tibio y adormecedor. Conforme avanzaba en su camino sentía cierta satisfacción y sosiego, sólo de pensar que cumplía por primera vez uno de los más elementales deberes de la mujer con el marido.

Cuando Pedro la vió acercarse no pudo reprimir una ligera sonrisa que repentinamente iluminó su faz dura y angulosa. Pronto dominó aquel movimiento de sorpresa y alegría y, tornando á su acostumbrada seriedad, desunció los bueyes y los soltó á pacer por las inmediatas laderas.

Llegó Juana sudorosa y jadeante. Sentáronse los dos á la sombra de un cajigo y, tendida en el suelo la servilleta y sobre la servilleta los platos, los colmó ella del humeante condumio, y ambos empezaron á comer y á charlar entre cucharada y cucharada sobre el día que había amanecido espléndido y sobre el estado de los campos, que era inmejorable, «á no ser—dijo Pedro—que cualquier mañanica nos envíe el Moncayo una mala alentada».

Aunque sin olvidar sus penas, que como gusano roedor escarabajaban incesantemente en su conciencia, sentíase Juana más alegre y comunicativa que nunca. Parecíale respirar allí con más desahogo que en su casa, y sus ojos no se saciaban de contemplar aquella inmensa bóveda celeste transparente y azul donde el sol parecía inflamarse con reverberaciones de incendio, los picachos de los vecinos montes manchados de rojizas estrías y las vides que, coronadas por los primeros pámpanos de un verde purísimo, semejabán hilos de esmeraldas tendidos al pie de las ingentes sierras. Llegaba hasta sus oídos formando extraña y confusa melopea el rumor que subía desde el profundo cauce del río, el apagado eco de los badajos que tocaban al *Angelus* y la incesante música de los pájaros revoloteando en las copas de los almendros y de los olivos. Sus nervios, como la naturaleza, se estremecían bajo aquella inundación de luz y de colores; su sangre, como la savia de la vegetación que la rodeaba, aceleraba su curso con latidos violentos en las arterias;

y en su alma parecía repercutir aquel himno majestuoso y solemne á la juventud y á la vida. Con el rostro encendido, entre abierta la boca, incitante y caído el belfo, miraba en todas direcciones impaciente y febril, como si anhelase confundir su espíritu con voluptuoso abrazo en aquel oreo cálido y embriagador, en aquel desperezo misterioso y fecundante de la naturaleza.

Así divagando su mente y errante la vista, vino á sacarla de aquella especie de éxtasis un grupo que había en la viña inmediata. Formábanlo marido y mujer, que como ella y Pedro también comían á la sombra de un árbol, y además un chiquitín de dos años próximamente, que sentado sobre las piernas de su padre le hacía mil caricias con sus manitas blancas y regordetas, mientras la madre hacía la enfadada y la celosa con el niño, al mismo tiempo que repartía la comida. Mil veces había presenciado Juana escenas como aquella, pero jamás había experimentado hasta entonces tan violenta sacudida en todo su ser. Algo así como un grito de alegría inefable y santo le pareció que arrancaba de lo más hondo de sus entrañas, como el ¡hojotó! de aquellos vagos anhelos, ó como si ante sus ojos se hubiesen aparecido mundos de felicidad y de immaculados placeres.

Apartó la vista de aquel grupo, como la apartamos del sol cuando queremos mirarlo en el zénit, é instintivamente la dirigió á su marido que seguía comiendo con rostro inalterable y tranquila conciencia. Fué una mirada aquella de intensa curiosidad, de vehemente pasión; y bajó después la cabeza entre arrepentida y avergonzada, para ocultar dos gruesas lágrimas que asomaban á sus ojos: las primeras de amor y las más amargas de su existencia.

Aquella tarde se le hizo interminable á Juana esperando el regreso de su marido. Llegó éste á la hora de costumbre, y como si los dos estuviesen poseídos de extraño azoramiento ó como si presintiesen el final de aquella lucha sorda y tenaz, el caso es que hablaron menos que de costumbre y con acento que en los dos revelaba profunda emoción. Esperó la desposada virgen que deslizase Pedro alguna palabra de cariño, alguna indicación más ó menos velada, para mostrar su arrepentimiento, confesar sus culpas y hasta declararle su amor; pero, nada, Pedro habló con su mujer como si fuese su hermana; y cuando llegó la hora de descansar, dió las buenas noches y se fué á su cuarto. Juana entonces le dirigió una mirada de odio. Quiso protestar, recriminarle acaso, pero las palabras parecían que se le atravesaban en la garganta, contenidas por el exceso mismo de la indignación y la cólera.

En esto llegó hasta sus oídos el sonar, aunque confuso y apagado, de vihuelas. Recordó que era sábado y salían de ronda los mozos del pueblo. Poco á poco fueron creciendo los enérgicos y alegres ecos de la jota; pero de la jota neta y castiza de la tierra; la rasgueada en vihuelas y guitarrico y acompañada de la pandereta con sus repiques acompasados y chillones, y de los hierrillos con sus tintineos vibrantes y sonoros. Al pasar los tañedores junto á casa de Juana, con voz potente y enérgico acento, se arrancó Andrés con la siguiente copla: (1).

No pienses que yo no sé
que te escondes pa llorar,
como nadie te s' ha muerto
sabe Dios porqué será.

En cuanto oyó Juana la primera estrofa, fué á ocultarse á un extremo de la co-

(1) Del libro de D. Gregorio García-Arista, titulado *Cantas baturras*.

cina y oprimiéndose los oídos con ambas manos y llorando lágrimas de dolor y de despecho, se estuvo así hasta que se perdieron nuevamente los ecos de la roncaldalla.

Aquel atrevimiento del fachendoso Andrés, que como *inri* sangriento y despiadado repercutía en su conciencia, la sumió en desesperación y tristeza infinitas.

—¡Dios mío! ¿qué pensará de mí, Pedro, si lo ha oído?—se preguntó llena de espanto—¿Y siempre hemos de vivir así?—añadió después de breve pausa con indecible amargura, como si ya no hubiese remedio algudo para sus penas—¡Oh, no!—terminó con resuelto ademán.

Y como si obedeciese á un estado de sugestión provocado por el exceso del dolor, con la inconsciencia de una sonámbula, se dirigió al cuarto de su marido.

Empujó la puerta con mano temblorosa. La habitación estaba á oscuras... Se paró un instante. Su corazón latía con violencia. Hizo un supremo esfuerzo; se acercó al lecho, y allí, junto á la cabecera, murmuró con voz apagada y acento trémulo.

—¡Pedro!

—¡Qué te sucede?—exclamó él incorporándose—¿Estás enferma?—le preguntó con ansiedad:

—No... no es eso—continuó ella entre mal contenidos sollozos—es que... tengo miedo... mucho miedo... de... estar sola... y...

No pudo continuar... Se ahogaba... Pero en aquel instante la atrajo Pedro hacia sí y estrechándola contra su pecho deslizó en su oído con inefable ternura estas palabras:

—¡Ahura si que eres mía!—

LUIS M.^o LÓPEZ ALLUÉ.

Huesca Diciembre de 1901.

EL IMPUESTO DE CONSUMOS SOBRE EL VINO

IV

Queda expuesto en el artículo anterior que en Francia el legislador autorizó á los municipios que quisieran suprimir los consumos sobre las bebidas higiénicas (de cuyo total forma el vino, según las estadísticas más autorizadas, un ochenta por ciento próximamente) dos clases de impuestos que pudiéramos llamar ordinarios y extraordinarios, respectivamente. Bastaba para los unos la autorización del Prefecto, requerían otros la aprobación legislativa.

No ha trascurrido suficiente tiempo para que la reforma haya podido desarrollarse en la plenitud de sus consecuencias. Puede asegurarse que en definitiva no será un remedio por sí solo eficaz á lo que nuestros vecinos llaman la *mévente* de los vinos. Pero puede contribuir á que, en algún tanto, se corrija ese singular estado de cosas en que coexisten una gran falsificación de los vinos y un grande encarecimiento de los vinos buenos en los grandes centros de consumo y una baratura extraordinaria, inferior á veces á los precios más escasamente remuneradores, en las comarcas productoras.

Es absurdo pensar que la supresión de tan gravoso impuesto no haya de hacer bajar el precio en las grandes capitales. El precio del vino, notaba hace algunos meses Mr. Rivet estudiando la crisis vinícola francesa, bajará por consecuencia de la reforma del impuesto y por lo pronto ya ha bajado, pudiendo en París adquirirse por 30 ó 35 céntimos un litro que antes costaba 50 ó 60; fenómeno económico perfectamente explicable con sólo tener en cuenta que desde 1.º de Enero de 1901 esa bebida había quedado gravada con solo 1 franco 50 céntimos para el Estado por derecho de circulación, cuando anteriormente devengaba 8 francos 25 céntimos en beneficio del Estado y 10 francos 62 céntimos para el Municipio.

Análogas observaciones pudieran hacerse respecto á nuestra patria. Ni aquí ni en Francia pueden estimarse fundadas las esperanzas de quienes han confiado, como un diputado francés, en que la supresión del impuesto llegara á duplicar el consumo del vino. El cálculo es seguramente excesivo; mas por mucho que se rebaje, haciéndolo razonablemente, siempre habrá

que esperar un aumento de consumo que sea al menos un paliativo del grave mal que la viticultura se halla padeciendo.

Lo que parece de todo punto inadecuado al fin que se persigue es lo que acaba de hacerse en España. La rebaja del recargo de la décima de los consumos que el Estado exige, constituye un pequeño alivio para los municipios agobiados bajo la pesadumbre de las cargas que han de sostener; mas desde el punto de vista del aumento del consumo y consiguiente mejora de la situación del productor, poco se habrá adelantado, aun habiéndose establecido, en medio de vacilación y confusiones que denunciaban en todos —Gobierno y Parlamento— falta de preparación y escaso estudio del asunto, que el beneficio de la rebaja se aplicaría totalmente, allí donde fuera posible, al vino, en vez de aplicarse, proporcionalmente, á todas las especies.

Rebajas así hechas, son utilizadas generalmente, ya en la totalidad, ya en la mayor parte de su importe, por los intermediarios, quedando *in statu quo* productores y consumidores. Es ya muy corriente, y en mi concepto muy acertada, la opinión de que de suprimirse parcialmente el impuesto de consumos (también hay quien cree que la supresión debe ser total ó no debe hacerse), no debe disminuirse un tanto por ciento más ó menos elevado en cada una de las especies sujetas al adeudo, sino aplicar el importe de la rebaja toda, hasta donde alcance, á una ó varias especies, las cuales queden así exentas del impuesto. De otra suerte, salvo casos excepcionales y muy estudiados, se corre el riesgo de que los compradores al por menor, que son los más, no puedan recibir beneficios por no haber medio, en razón á la cuantía de las monedas circulantes, de aplicarlo á las pequeñas porciones del producto. Quizá por esto no ha dado resultado algún ensayo de rebaja del impuesto hecho en tal cual población. Las reformas en la tributación, como en lo demás del organismo económico y legislativo, deben ser meditadas. Cuando se hacen sin tener en cuenta todos los antecedentes dignos de estudio ó sin medir las probables consecuencias, suelen dar resultado contrario al que de ellas se prometieran sus autores. Y no es infrecuente ver cómo se hace impopular y se desacredita una reforma, por no haber sus autores acertado á plantearla bien.

MARCELIANO ISÁBAL.

CON EL MAZO DANDO

No admiro la conducta de aquellos españoles que, personificando sólo y exclusivamente en el poder central de Madrid la culpa de todos los desaciertos, quieren oficiar de virtuosos y aun se dan aire de fuertes tratándole como á perro roñoso é imponiéndose por la tremenda, á cualquier demanda justa é injusta que envíen desde su provincia. Estoy enamorado de Aragón, entre otros muchos motivos, porque en sus relaciones con el poder central, da hermosos ejemplos de prudencia y cortesía: Aragón sabe ser cortés y valiente. A ello debe en gran parte el prestigio que en la opinión española disfruta desde hace mucho tiempo.

El poder central, en cambio, debe responder á las insinuaciones respetuosas y discretas de Aragón accediendo á sus justificadas reclamaciones.

Y no lo decimos á humo de pajas: estos días se presenta coyuntura para que Aragón y el gobierno de Madrid confirmen la armonía de esas relaciones: el principal centro docente de esta comarca está amenazado de sensible amputación: una de sus facultades más antiguas, que ha dejado huella luminosa en la cultura aragonesa, para la que nuestra REVISTA guarda los más ardientes y acendrados cariños, está amenazada: la de Letras.

Por las reformas del primer ministro de Instrucción Pública, la antigua Facultad de Filosofía y Letras quedó subdividida en tres secciones: á la Universidad Central se la favoreció no sólo con las tres licenciaturas de las tres secciones, sino también con los tres doctorados; á las universidades de provincias se les dejó una sola y única licenciatura de una sola y única sección; y aun de entre esas mismas secciones, á Zaragoza tocóle la peor parte: la sección de Historia, la peor organizada, la de menos porvenir para los alumnos, á la que menos afición han mostrado los profesores, precisamente aquella de cuyos elementos indispensables de enseñanza se carece. Madrid puede tener la sección de Historia, porque allí se encuentra el Archivo histórico; Sevilla tiene el Archivo de Indias; pero en Zaragoza ni siquiera se halla el Archivo de la Corona de Aragón, que Barcelona disfruta.

El primer resultado de esto ha sido la deserción completa de los alumnos; y, claro, de ello podrá alguien inferir que están de más los profesores y las enseñanzas; cuando si bien se considera, del abandono de esos estudios fueron causa única las disposiciones ministeriales que instituyeron aquí esa sección.

Esto es tanto más lamentable, cuanto que se priva á la cultura española de las aptitudes que para los estudios de Letras tienen los aragoneses. Para muestra basta un ejemplo: sea por la tenacidad ingénita que caracteriza á los de esta tierra, ó por otra causa, es lo cierto que sobresalen en el estudio de lenguas sabias, sobre todo en las más difíciles: las semíticas. Actualmente los representantes más insignes del orientalismo que enseñan en la Universidad de Madrid, aragoneses son, aquí se han instruído y de esta facultad proceden; y el núcleo de discípulos que esos preclaros varones presiden, aquí ha recibido la ayuda más eficaz para sus actividades.

Los profesores de esta facultad, confiados en que se les respetaría dejándoles sus propias asignaturas, no han desmayado nunca y se han desvivido por cumplir con su deber, dentro y fuera de la Universidad, en conferencias, en libros, en la prensa periódica, pudiendo ser quizá caso singular y único en la Universidad española.

Ellos no habían denunciado antes el peligro que amenazaba á los estudios de Letras porque por experiencia larga tenían aprendido que no siempre son estables en España las disposiciones del gobierno; pero al notar ahora, que el curso avanza, que se echan encima acontecimientos que pueden distraer á los gobernantes, luego el veraneo, y que con la entrada del nuevo curso (que es cuando han de comenzar á regir las disposiciones especiales á esa sección) el daño sea irremediable, han acordado llamar la atención del Ministro.

Abonan la solicitud, que á éste elevan, conveniencias pedagógicas por las que debe velar el gobierno, y el interés de la región donde la Universidad se halla enclavada.

Es de pensar que su instancia sea atendida y no se vean desairados en sus buenos propósitos, ni se prive á los alumnos aragoneses de ese elemento de cultura; pero ¿no convendría que á la solicitud respetuosa acompañara la eficaz recomendación de prestigiosas corporaciones, v. g., la Sociedad económica, el Ateneo, el Colegio de abogados, y los representantes en Cortes y aun todo el pueblo, cuya voz se hace oír por medio de la prensa, en Aragón siempre dispuesta á defender todo lo generoso, noble y culto? Acudiendo unánimes, el ministro de Instrucción Pública de seguro accederá. ¿Cómo va á negarse á tan justa exigencia, que ningún sacrificio impone (ni siquiera altera el presupuesto, porque se reduce á un mero cambio) y ha de redundar en beneficio de la enseñanza? No habrá necesidad que Zaragoza recuerde al gobierno de Madrid los cruentos sacrificios que ella supo imponerse para defender á la patria en los trances más difíciles. La importancia de la solicitud no merece sellos tan hermosos.

No obstante, conviene no descuidarse: A Dios rogando y con el mazo dando.

DR. BRÁYER.



CUENTOS INFANTILES

El de los muertos de Illueca

Pues, señor, un día se murieron dos en Illueca, (dos hombres, ¿eh?) y como los de ese pueblo son tan aficionados á viajar, que corren todo el mundo, al encontrarse por los aires y reconocerse, dijo uno: «Cristiano: ¿adónde vas?» y el otro dijo: «ni lo sé».

—¿Dónde estarán los de Illueca?

—¿Vamos á verlo?

—Vamos.

—Pues antes de entrar á ajustar cuentas, vamos á ver si encontramos á los nuestros.

Pues, señor, todo era subir, subir y subir, y dijo uno:

—¡Si nos los encontráramos á todos en el cielo!

—Mucho me alegraría; pero si hilan muy delgao, ¡qué se yo!, chasco me llevaré si allí están todos.

—No seas mal pensao.

—Piensa mal y acertarás. ¡No ves que no sabe uno con cuántas entra la romana!

—Pues á mí me parece que nos los vamos á encontrar allí. No digo que no quede aún alguno en el purgatorio, de los que han muerto últimamente; pero lo que es los antepasaos, en el cielo tienen que estar. Y nos vendrá bien, para que intercedan por nosotros.

Pues, señor, en éstas llegan á la puerta del cielo, entran en la portería y preguntan:

—¿Están aquí los de Illueca?

—¿Illueca? ¿Illueca? No me suena. ¿Dónde está Illueca?

—En el partido de Calatayud.

—¡Calatayud!... ¡Calatayud!... Voy á ver el libro. De Calatayud, sí hay alguno; pero de Illueca no hay nadie.

Conque se quedaron tan desconsolados por los de Illueca, y por ellos mismos, y dijeron:

—Pues vamos al purgatorio. ¡Pero qué penas serán ésas que, desde que el mundo es mundo, aun no ha salido de allí ninguno de los nuestros! ¡Ay, qué porvenir se nos espera! ¡Ya podemos prevenirnos para padecer hasta que el Señor se apiade de nosotros! ¡Y nos parecía broma todo lo que nos decían allá abajo de las cosas de aquí arriba!

¡El sétimo no hurtarás! ¡El octavo no levantarás falso testimonio ni mentirás!... ¡Pero si á veces hurta uno sin saber lo que hace! ¡Pero si comerciando de buena fe no se puede vivir! ¡Si por fuerza hay que echar alguna mentira! Y gracias si no pasa todo ello de materia parva.

Pues, señor, se despidieron muy cortésmente de los porteros celestiales, sin poder decir «hasta luego» y se encaminaron hacia el purgatorio. Llegaron allí bastante resignados ya, casi contentos porque iban á tener la satisfacción de encontrar gente conocida y gente á quien sólo de oídas habían conocido, y dijeron:

—¿Dónde están los de Illueca? y ¡aquí venimos por temporada larga!

—¿De Illueca? No hay aquí ninguno de Illueca.

—¿Pero está usted seguro?

—Tan seguro que no puede ser más.

—¡Dios mío! pero ¿es posible que todos los de Illueca estén condenados? ¿Si habrá alguna mansión especial para los de Illueca? ¿Cómo es posible que todos estén en los infiernos? Vamos, vamos, salgamos pronto de dudas; pero yo creo que tampoco allí los vamos á encontrar.

—Y eso es lo que deseo. Mira que, ya está visto; donde ellos estén estaremos nosotros; y si ellos están en las calderas de Pedro Botero, allí nos zambullen.

--No puede ser, cristiano, no puede ser; no los encontraremos allí; pero ¡vamos á escape! que allí nos darán razón.

—Alguno bien puede ser que esté condenaó, porque ¿cuál será el pueblo que pueda cantar victoria?

—En fin, preguntaremos.

Y volaron con ansia; pero al poco rato empezó á encogerseles el ombligo, y les fué entrando un temblor tan grande y un sudor tan frío que no les permitía avanzar. Se les apoderó el miedo de tal modo que no tenían valor para nada. Bien se arrepentían, de todo corazón, de los pecadillos que habían cometido; pero ya era tarde. No les quedaba más esperanza que la de que hubiera algún lugar, bueno ó malo, destinado especialmente á los de Illueca, para no encontrárselos en el infierno.

Ya se iban acercando, y bien lo conocían en lo pavoroso de los alrededores. Al llegar á la puerta del infierno, apenas podían articular palabra, porque les anonadaba la idea de los tormentos de aquellos lugares. Y precisamente estaba allí, á la expectativa, el mismo diablo en persona, tan feo, tan cornudo y con una cola tan larga, y á él se dirigieron, con muchísima timidez, diciéndole:

—Cristiano: ¿hay aquí, por casualidad, alguno de Illueca?

Y con voz estentórea contestó el demonio:

—¡Yo soy de Illueca!

Z.

ESCENA CALLEJERA

—¡Ay que gracia! ¡Si es Fermín!

—¡Tama! ¿Qué vida Indalecia?

¿Como po acá?

—Qu'hi vinido á poneme de sirvienta ú criada, en una casa que m'han dicho qu'es mu güena.
—Y en el pueblo?

—Tan sanicos; menos mi hermana pequeña que estuvo la probe mala con un reuma en una pierna. ¿Y tú? Estás la mar de guapo; chico, que bien que te sienta el traje de la melicia y el gorro de la cabeza con ese churizo tieso. No paices ya d'Alfocea! Te llevarás una vida mejor que la d'una reina...

—Hombre, no es mu superior, pero tampoco es maleja.

Me devanto de la cama, me lavo bien la cabeza, me limpio dimpués el traje, las botas, el sable ercétra, me voy dimpués á paseo, y al cuartel con la Retreta.

—¿Arguna siñora?

—No: es paicido á una habanera que tocan en qu'es de noche arringlaos con las cornetas pa que vayamos corriendo.

—Y esos galones que llevas ¿de que son?

—Pus de güen mozo: soy gastador.

—¡Santa Tecla! ¿Tú gastador? ¡Si en el pueblo no gastabas una perra!

—No mujer: quiero decir, que por mi tipo y majencia, cuando salgo con la tropa, voy en la ringla primera. Y apropósito, mañica, ¿tienes novio?

—Soy mu fea pa que me quiera denguno.

—No seas tonta y contesta: ¿ties novio?

—No
—Yo tampoco, y ¿sabes? chica... quisiera tener novia pa pasíame cuando voy por ahí con ella...

—¡Qué malo qu'eres! ¡Pajárol!

—¡Qué! ¿me quieres?

—Si t'empañas...
—A qué hora saldrás mañana?

—A las ocho con la cesta pa ir á la compra: ¿vendrás?

—Pus claro que si, morena.

—Ya te traeré un cigarrico pa que lo fumes y vess de cuáles gasta mi dueño.

—Agradeciendo, chiqueta.

—Conque adioses... ¡á las ocho!

—Sí, mujer, no pases pena,

¡no te olvides del cigarro!

—¡Pierde cuidao, mala pieza!

E. RUIZ DE VELASCO.

Crónica regional

Comenzó el mes y el año con un suceso llamado á tener gran resonancia no ya en Zaragoza, mas en Aragón, en España y hasta fuera de ella; me refiero á la suscripción abierta por iniciativa del M. I. Sr. Vicario general de la diócesis á fin de allegar recursos materiales para continuar las obras que embellezcan el templo de Ntra. Sra. del Pilar.

La suscripción alcanza ya respetable cifra y es de presumir que aumente en gran manera: junto á cuotas importantes, figuran numerosas de escasa cuantía demostrando la popularidad del culto á nuestra excelsa patrona y la piedad del público zaragozano.

* * *

La prensa local diaria se ocupa de la organización de las próximas fiestas del Pilar á fin de que atraigan numerosos forasteros y á la vez estén constituídas por festejos importantes y en armonía con los tiempos presentes.

Creo que no es este asunto baladí é impropio de personas serias; de él se ocupó el año pasado en la REVISTA el Dr. Alqueces indicando la conveniencia de aprovechar la venida de los forasteros para que se celebre un congreso vinícola regional á semejanza de los que se celebran anualmente en Cataluña; su voz no tuvo resonancia.

Y puesto que del asunto trato, allá van unas cuantas ideas.

La llamada *fiesta de la jota* es la única ocasión que se dá á nuestros campesinos ó *baturros* para exhibirse ante el público y esto de un modo relativo, pues la mayoría de los que cantan, tocan, ó bailan no tienen de tales más que el traje; presentar al *baturro* solo en ese aspecto es darlo á conocer incompletamente; hay otros deportes *baturros* que convendría fomentar; el *baturro* tira la *barra* ó la *bola*, trepa por *cacañas* ó *mayos*, *corre los pollos* y jinete en los caballos del país podría dar lugar á unas carreras, que lejos de ser *sport* exótico, difícil de aclimatar y caro, combinadas con exposiciones de ganados, podrían mostrar el estado de la ganadería y ser aliciente para jinetes y corredores.

Mas no solo se ha de buscar al *baturro* en esas distracciones, hay que premiar su esfuerzo en el trabajo diario y convendría organizar certámenes de cavadores, labradores, segadores, etc., combinados con exposiciones de productos agrícolas ó simplemente de instrumentos agrícolas y abonos.

Agréguese congresos y fiestas literarias, conciertos musicales, exposiciones de pinturas y fotografías y poco á poco iremos acostumbrando á las gentes á ir á los toros por la tarde y aprovechar la mañana acudiendo á estos otros espectáculos más cultos é instructivos.

En lo que estoy conforme con la mayoría de las personas que han expuesto su opinión, es en que estos festejos no los debe organizar el municipio; harto harán nuestros concejales cumpliendo sus deberes

administrativos para que además les encomendemos la labor de ordenar nuestras diversiones: fórmese una junta que se encargue de organizar las fiestas y no se componga de personalidades importantes, sino de aquellos que tengan más ganas de divertirse y más interés en que se organicen buenos festejos, «que den el cuerpo» (como dice el popular Mariano Gracia) los que más provecho sacan de las fiestas, y acostumbremos de este modo á las gentes á que cada cual se cuide de fomentar lo que le trae cuenta.

*
* *

El desarrollo de la industria en Zaragoza tiene cada día nuevas manifestaciones; en este mes hay que registrar tres muy importantes.

Es la primera la inauguración de la fábrica de cerveza que lleva por título *La Zaragozana*; construída y montada con arreglo á los últimos adelantos de esta industria hasta el punto de que en la misma Baviera podría pasar por modelo, ha comenzado ya la fabricación: acompañado por los Sres. Egozcue y Mayandía, á cuya iniciativa se debe en gran parte el establecimiento de la nueva industria, tuvo el gusto de visitar la fábrica admirando las delicadas é interesantes operaciones necesarias para convertir la cebada en líquido fermentado, aromatizado por el lúpulo.

Extraño parece que en Aragón, país vinícola, se establezca una industria de este género, mas se explica por el incremento que toma el uso de la cerveza hasta el punto de que los cafés ven mermar incesantemente la venta de licores, al paso que aumenta el consumo de esta.

No solo pierden, pues, nuestros vinos los mercados extranjeros, sino los interiores: en algunas tabernas zaragozanas ya se expende la cerveza al par que el vino y si la masa obrera la acepta como bebida ordinaria, nuestros viticultores están de pesame.

Verdad es que también es fuerza reconocer que éstos hacen poco por mejorar la elaboración: visitando la fábrica de cervezas y viendo aquellas bodegas cuidadosamente dispuestas y el esmero y limpieza en la fabricación, acudían á mi mente el recuerdo del *trujal* hediondo y nauseabundo, la bodega vinaria sin ventilación, luz ni capacidad adecuada, las vasijas viejas y en una palabra, los mil detalles de nuestra descuidada fabricación vinica.

Green los viticultores que su pleito se arregla con vociferar, acudir al gobierno tumultuosamente y pedir á grito herido que se les saque del atolladero en que se encuentran y no ven que el remedio está principalmente en la labor silenciosa y fecunda que diera por resultado la bodega societaria, con sus caldos esmeradamente elaborados y vendidos á precios remuneradores.

Las otras industrias que se inician son la *Maquinaria y Metalurgia Aragonesa* que ha de instalar en Zaragoza la industria del hierro en grande escala y la sustitución de la tracción animal por la eléctrica en los tranvías: el estar ambas empresas en el período de preparación nos veda entrar en más detalles.

Y este movimiento industrial no es peculiar de Zaragoza, se extiende por otras comarcas de la región aragonesa: en la provincia de Huesca se estudian numerosos saltos de agua para aplicarlos á la producción de luz y fuerza por medio de la electricidad; en los valles de Hecho, Ansó, en la canal de Berdún, en Salvatierra y Santa Engracia, van á instalarse muy pronto industrias eléctricas.

*
* *

No corren vientos tan propicios para la agricultura; los vinos siguen depreciados, los aceites en el bajo Aragón obtienen precios que no satisfacen á los productores, sobre todo de clases finas, dando lugar á que el desaliento cunda entre ellos.

Por cierto que son dignos de notarse los esfuerzos que un digno ingeniero agrónomo afecto á la provincia de Teruel, el Sr. Crespo, hace en pro del adelanto en el cultivo de los olivos; acerca de este asunto y del uso de abonos minerales, dió en Alcañiz, el mes pasado unas notables conferencias que la prensa local elogió cumplidamente.

Los cereales que hasta ahora habían obtenido precios remuneradores, están amenazados por la pretensión solicitada por los catalanes de establecer una zona neutral en el puerto de Barcelona donde puedan transformarse productos extranjeros para ser exportados: temen los productores trigueros y la molinería del interior que esos productos en vez de ir fuera vengan á los mercados interiores y dos importantes sociedades agrícolas de Zaragoza, la *Asociación de Labradores* y la *Liga Triquera de Aragón*, han elevado instancias al ministro de Hacienda pidiendo que libre de este peligro á la producción nacional.

Falta hace que la clase agricultora sacuda su marasmo y se apreste á defender sus intereses.

*
* *

Nuestras letras regionales están de enhorabuena: dos autores cómicos aplaudidos ya en Zaragoza por sus producciones de costumbres aragonesas, los Sres. García Arista y Melantuche, han obtenido el aplauso del público madrileño con su nueva obra *El olivar*, estrenada en el teatro de Eslava.

Al felicitarles sinceramente, hemos de felicitarnos también de que vayan siendo más y más conocidos nuestros ingenios y nuestras costumbres regionales fuera de casa y que el *baturre* auténtico desaloje de la escena al *baturre* de pacotilla, falso y convencional.

El ejemplo cunde y dos autores oscenses, los Sres. Mur y Mayor han entregado ya el libro de otra zarzuela del mismo género y en Zaragoza se aprestan otros escritores á medir sus fuerzas en el teatro; adelante y á ver si despierta la vida literaria. La científica va en aumento: los centros que organizan conferencias comenzaron ya á desarrollarlas, y de ellas nos habremos de ocupar en otra ocasión.

La prensa profesional ha tenido también mayor desarrollo: en el presente mes ha comenzado á publicarse la nueva revista quincenal *El Herald de la Veterinaria*, dirigida por el ilustrado profesor de esta escuela D. Demetrio Galán: su primer número está muy bien presentado y escrito.

La *Revista trimestral de Matemáticas* que dirige el catedrático de la Facultad de Ciencias Sr. Rius, ha entrado con nuevos bríos en el segundo año de su vida: aumenta el número de páginas y se dispone á emprender fructífera campaña.

Saludo cariñosamente á los dos colegas y les deseo muchas prosperidades y larga vida.

ANACLETO RODRÍGUEZ.

28 de Enero.

SECCIÓN DE FILOSOFÍA

Los laboratorios psicofisiológicos en Italia, Francia, etc.

(CONCLUSIÓN)

Otra de las naciones que más interés han demostrado por los estudios psicofisiológicos es Italia. Ya en el año 1879 publicaba Sergi sus *Elementos de psicología* con el objeto de "introducir en las escuelas italianas los nuevos métodos de investigación psicológica," (1), por esto cuando M. Mouton los tradujo al francés diez años más tarde, aparecieron con el nuevo título de *Psicología fisiológica*. Esta obra, lejos de ser una compilación de las ideas corrientes por aquellos años, representa una labor verdaderamente personal en que el autor rectifica algunas conclusiones de Weber y Fechner; completa la teoría de los *signos locales* de Lotze, aceptada por Helmholtz y Wundt, haciendo ver que la localización y objetivación de las sensaciones depende de otras condiciones además de los signos locales; analiza con mucho detenimiento el fenómeno de la visión, sobre todo en lo que se refiere á la percepción del espacio y presenta la evolución de los movimientos que nacen de la voluntad. En resumen; la obra de Sergi pasa como una de las obras clásicas en la materia. Por esto cuando se creó en Roma el laboratorio psicofisiológico (1895), él fué el encargado de su dirección.

También puede citarse entre los cultivadores italianos de la psicofisiología al Profesor de la Universidad de Turín A. Mosso, el cual se ha distinguido principalmente por sus investigaciones sobre la influencia de los fenómenos psíquicos en los movimientos de la sangre por los vasos del cerebro. Sus estudios psicofisiológicos acerca del miedo y de la fatiga intelectual y física (2), aunque

(1) Así lo dice en el prólogo de la edición italiana y que aparece en la traducción francesa.

(2) *La peur. Etude psycho-physiologique*, Paris, Alcan. *La fatigues intellectuelle et physique*, Paris, Alcan. 1896.

son principalmente obras de vulgarización, contienen experiencias ingeniosas, y gran copia de observaciones interesantes. Este propósito de vulgarizar los estudios psicofisiológicos aparece todavía más claro en la *Psychologia fisiológica* de Mantovani, los *Principios de la Psicología moderna* de Faggi, los *Ensayos filosóficos* de De Sarlo, y en otros profesores italianos que son en su patria el tornavoz de las corrientes psicológicas del extranjero.

No es menor el movimiento psicofisiológico que se advierte en la vecina república. Desde que en 1888 se fundó en la Escuela de Estudios superiores de París el primer laboratorio psicofisiológico no han cesado sus directores Beaunis y Alfredo Binet de dar muestras de su entusiasmo por esta clase de estudios, ya educando á la juventud francesa con obras de vulgarización, ya contribuyendo á su adelantamiento y progreso con investigaciones personales, ya dando cuenta detallada de todos los trabajos que dentro y fuera de Francia se realizan en materia psicológica. Su obra: *Introducción a la psychologie expérimentale*, es un verdadero manual para el psicólogo, puesto que en forma clara y concisa exponen los métodos que emplea y las cuestiones que intenta resolver la psicología fisiológica, á la cual consideran como "definitivamente organizada en ciencia distinta é independiente de la metafísica, pero no enemiga de ésta.". En su *Bulletin du Laboratoire* que empezó á publicarse en 1893 han aparecido curiosísimas experiencias sobre la audición coloreada, sobre los calculadores, sobre la memoria, etc. Pero la obra de más interés para el mundo científico es indudablemente el grueso volumen que con el título *L'année psychologique* viene publicándose desde 1894 merced al talento organizador de los Directores del Laboratorio de París. Esa publicación anual, no sólo da cuenta de las obras que durante el año se han escrito sobre materias psicológicas, juzgando con detenimiento las más interesantes, no sólo da noticia de las experiencias llevadas á cabo en los distintos laboratorios, de los nuevos aparatos, etc., sino que contiene además memorias y trabajos originales de psicólogos de todos los países, representando por consiguiente el monumento levantado por la humanidad entera á la ciencia psicológica. Para toda esa labor les han prestado su valioso concurso Víctor Henri, Philippe, Courtier y otros. Como cultivador de la dinamogenia de las sensaciones debemos citar al notable médico Carlos Feré, que en su obra *Sensation et mouvement* (París, Alcan, 1887), estudia las relaciones de la energía muscular con el ejercicio intelectual, ya en las situaciones psíqui-

cas normales, ya en casos patológicos, como el histerismo, aunque dicha obra no llegue á ser una monografía completa sobre la materia.

Este movimiento progresivo de la psicofisiología se ha propagado de un modo tan rápido y general que se han instalado laboratorios para su estudio en Rusia, Dinamarca, Bélgica, Suecia, Rumanía, Holanda, Inglaterra, Japón, y hasta en la Universidad de Pekín se halla establecido un curso de psicología experimental. En algunas de estas naciones como en Rusia, por ejemplo, son muy abundantes las investigaciones sobre esta materia y las revistas consagradas á esta especialidad científica, como lo demuestra la simple lectura de *L'année psychologique*. En otras, como en Dinamarca, nos encontramos con psicólogos que por sus trabajos merecen ser incluidos en el número de los grandes maestros de la nueva psicología. Ese lugar le corresponde en justicia al profesor de la Universidad de Copenhague, Harald Høffding. "En su obra, *Psychologie in Umrissen* (Elementos de psicología) escrita con abundante riqueza de noticias y gran claridad de exposición, se hallan admirablemente combinados el método de observación y el experimental, de suerte que entre todas las obras modernas de psicología, se la puede considerar como la que más se acerca al pensamiento de Wundt, porque ha comprendido bien la significación y carácter del estudio de los hechos psicicos., (1).

Con ser tan copiosa la labor de la nueva psicología, que desordenadamente y con la rapidez del cinematógrafo acabamos de presentar á nuestros lectores, no hemos concluído sin embargo nuestra tarea de cronista en este asunto. Hemos señalado únicamente los trabajos é investigaciones de psicología general, ó sea, todo aquello que se refiere al hombre adulto y en su estado normal, dejando para otro artículo las *especialidades psicológicas*.

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO.

(1) Guído Vila. *La psicología contemporanea*. Torino. 1899.

ESPECIALIDADES PSICOLÓGICAS

Psicología del niño: Freyer, Bernard Pérez, etc.—**Psicología animal:** Ch. Darwin, Romanes, Hachet-Soupiet, H. Joly, Bonniot, etc.

No se ha hecho todavía una clasificación completa y mucho menos definitiva de las investigaciones realizadas por los psicólogos especialistas, pero gran parte de ellas empiezan ya á agruparse en distintos círculos, formando otras tantas especialidades científicas dentro de la psicología general. Las más importantes y de más fecundo porvenir parecen ser las siguientes: *psicología del niño*; *psicología comparada del hombre y del animal*; *psicología patológica*, y aunque con menos cohesión y menos elementos, empieza ya la *psicología de los estados y profesiones* (1).

De todas ellas trataremos, dando cuenta de los principales cultivadores en cada grupo y de sus mejor marcadas tendencias.

A) *Psicología del niño*. Las observaciones y experiencias que sobre los caracteres y desarrollo del hombre se han hecho en todas las épocas, ó se quedaban en el campo de la literatura, sin pretender sus autores una finalidad científica, ó si aparecen en las obras de psicología, son en muy pequeña cantidad y sin constituir un conjunto sistemático y ordenado. Sólo en nuestros días ha llegado á ser la vida psíquica del niño objeto especial de investigación científica. A esto ha contribuído de una parte la afición que se ha despertado en nuestros tiempos por los estudios pedagógicos, los cuales no tendrán fundamento racional mientras no se conozcan los vicisitudes y caminos del desarrollo infantil. Por otra parte, desde que Darwin y Spencer lanzaron al mercado científico el

(1) A estas podían añadirse la psicología étnica ó social y la de las religiones, pero las pasamos por alto porque estas especialidades psicológicas forman parte esencialísima de la sociología y de la historia de las religiones, respectivamente.

principio de la evolución, han sido muchos los pensadores que han apreciado todos los problemas filosóficos á través de ese principio, y no podían menos de fijarse en la evolución del hombre desde su nacimiento á la edad adulta.

Todas estas circunstancias determinaron la aparición de la psicología infantil; siendo uno de los primeros y que con más empeño se dedicó á estudiar la vida psíquica del niño, el notable filósofo alemán *Guillermo Preyer* († 1897), en su obra *Die Seele des Kind* (El alma del niño) editada varias veces y traducida al francés. La observación constante de su propio hijo desde el nacimiento hasta los tres años, le proporcionó los materiales para las conclusiones que en dicha obra presenta acerca del desarrollo de los sentidos, de la voluntad (ó sea los movimientos) y de la inteligencia.

Aunque en la obra aparecen, principalmente en lo que se refiere al desarrollo de los sentidos, algunas conclusiones no del todo comprobadas por los hechos, como, v. g., la de que los niños perciben las combinaciones de color rojo y amarillo mucho antes que las de azul y verde; no por eso hemos de discutirle la sagacidad con que de ordinario interpreta científicamente determinados hechos de la vida del niño, rompiendo en muchos casos viejas preocupaciones. Así vemos mantenida por Preyer la tésis de que el niño, antes de saber hablar, juzga, compara y razona á su manera (1). Tampoco deja de ser original la explicación que da sobre la adquisición del lenguaje por el niño.

En dicha adquisición distingue el profesor alemán tres períodos: en el 1.º ejercita el niño su aparato vocal esforzándose en producir sonidos, sin darles un significado concreto, y no sólo pronuncia las vocales y consonantes de la lengua de su madre, sino que llega á formar otras muchas combinaciones de sonidos que luego no ha de utilizar. En el 2.º fija su atención en las palabras que oye, y las almacena en su memoria, aunque no las reproduce bien porque sus centros nerviosos no dominan convenientemente el movimiento de los órganos vocales. Por último, en el 3.º período el mecanismo vocal y el auditivo llegan á combinarse por la influencia del instinto de imitación: el dominio del cerebro sobre la lengua se consolida, y por un cambio repentino, el niño que balbuceaba penosamente un pequeño número de palabras, aparece

(1) Esta tésis sostiene también el profesor Bach en una Memoria presentada al congreso internacional de católicos de 1897.

muy poco después con un vocabulario completo y utilizado con sorprendente oportunidad y soltura.

Otro de los que más han contribuído al progreso de la psicología infantil es *Bernard Pérez* con sus numerosas producciones sobre este asunto. Aunque en ellas se echa de menos el método científico y riguroso de Preyer, vienen sin embargo á completar en cierto modo la labor de éste; puesto que Bernard Pérez ha tomado como objeto de investigación al niño cuando empieza á hablar y á discurrir, ó sea desde los tres hasta los siete años, y señala además las conclusiones pedagógicas que se desprenden de los resultados obtenidos por su investigación.

Al lado de estos pudiéramos citar otros como Baldwin, autor de una obra acerca del desarrollo mental en el niño y en la raza, Vierord, Ferri, Wundt, etc.

B) *Psicología animal*. Hasta principios del siglo pasado la labor del psicólogo respecto de los animales ha sido muy insignificante, y únicamente los vemos mencionados en las obras de psicología, cuando hay que ponderar las excelencias de la naturaleza humana y se quiere poner en claro que ésta se halla muy por encima de los brutos irracionales. Ni tampoco veían los psicólogos la utilidad inmediata de tales investigaciones, porque encontraban en el hombre la más perfecta representación aún de la vida sensitiva y vegetativa. Además la vida consciente de los animales sobre ser de muy difícil observación, es terreno muy propicio para interpretaciones ilusorias. Aplicando el símil de Bacón, podemos decir que si vemos nuestros actos psíquicos por un rayo directo, sólo por un rayo reflejado, y expuesto quien sabe á cuantas refracciones, nos es posible apreciar la vida psíquica de los irracionales. Si el poeta con tanta facilidad presta sus más delicados sentimientos á las rocas y á las plantas, y casi llega á persuadirnos de que las aguas sonrían al deslizarse tranquilamente y que los árboles lloran al ser azotados por el viento, ¿qué explicaciones tan fantásticas no podrán hacerse de los actos instintivos del animal?

A pesar de todas estas dificultades, cuando Lamark y Darwin presentaron sus teorías de la *descendencia* y de la *evolución* para explicar el origen de los seres vivientes, reconociendo entre éstos, sin excluir al hombre, diferencias de grado mas no de naturaleza, despertaron la atención de los naturalistas, impulsándolos á estudiar aquellas manifestaciones de la vida animal que más se acercan al hombre, exagerando casi siempre las analogías y caracteres comunes. Esto trajo como necesaria consecuencia la psicología

animal; pues afirmada la identidad de naturaleza entre el hombre y el bruto, si había una ciencia consagrada á estudiar la vida psíquica de aquél, era lógico que se estableciera una nueva psicología para la vida consciente de los irracionales.

Por este motivo puede considerarse á Ch. Darwin (1) como uno de los que más han contribuído al estudio de la psicología animal. En sus obras ha coleccionado una multitud de observaciones, de datos curiosísimos y de experiencias con el objeto de hacer ver que en el animal hay lenguaje, sentimiento de lo bello, conciencia de sí, reflexión, sentido moral y hasta *sentimiento religioso*.

Pero en esta labor le ha superado su discípulo y admirador *Jorge Romanés* (1848-1894) catedrático de la Universidad de Oxford. Sus escritos acerca de *La inteligencia del animal* y de *la evolución mental en los animales* le hacen acreedor á que se le considere como el más prestigioso representante del darwinismo en esta materia, porque no es un naturalista que resulta psicólogo *por accidente* como sucede con la mayor parte de los darwinistas, sino que ha cultivado por igual la psicología humana y la de los animales.

Este conocimiento de la psicología le hizo ver á Romanes que el mayor obstáculo, para aplicar la ley de la evolución al entendimiento humano y borrar por ende la diferencia específica entre el hombre y el bruto, eran las ideas abstractas y generales que posee el primero. Para superarlo ideó su ingeniosa teoría *del recepto y del concepto*, que él aplica al desarrollo de las ideas y de los juicios. Como muchos objetos, dice, poseen una cualidad comun, llegamos fácilmente á formarnos una imagen comun (á ésta la llama *recepto*), luego damos nombre á esa cualidad y empezamos á hablar de ella como si fuera abstracta y separada de todo objeto individual. Comparamos y unimos esta abstracción simbólica con otras de su clase y así resultan ideas cada vez más abstractas y más universales. Por consiguiente, si hay diferencia entre el hombre y el bruto, consistirá ésta en trasportar las ideas á esos símbolos y usar de éstos en lugar de aquéllas; es decir, en que el hombre habla y el bruto no. En el juicio como en las ideas hay que distinguir el juicio *receptual* y el *conceptual*. El primero consiste en aplicar un nombre á un objeto, sin parar mientes en la semejanza que hay entre la imagen representada por el nombre y

(1) Su abuelo Erasmo Darwin escribió una obra de psicología comparada con el objeto de probar la identidad del principio intelectual del hombre y del de los animales.

el objeto mismo, aunque supone virtualmente dicha semejanza. Si se tiene conciencia de esa semejanza el juicio es conceptual. Lo mismo el recepto que el juicio receptual se encuentra en los animales y en los niños. Y como la idea abstracta y el juicio propiamente dicho no son más que una evolución de aquellos, concluye Romanes que el hombre es sólo un animal más desarrollado que los otros. Para completar su demostración, quiere hacer ver que la superioridad de conciencia del hombre adulto, á la que éste debe el poder formular juicios conceptuales, procede también por evolución de la conciencia rudimentaria del animal y del niño.

Igual tendencia darwinista se observa también en el profesor de Burdeos M. *Espinas* que en su obra acerca de las sociedades animales considera la sociedad humana como una evolución de aquéllas, sin que entre una y otras se puedan observar grandes diferencias. Lo mismo puede decirse de *Lubbock*, el historiador de los salvajes, el cual no halla diferencia alguna notable entre éstos y los animales superiores, de *Morgan*, *Vignoli*, etc.

Finalmente, *P. Hachet-Souplet* en la obra que acaba de publicar *Examen psychologique des animaux*, París, (Schleicher Freres) se propone establecer la teoría evolucionista por un nuevo procedimiento. Según la reseña que de dicha obra trae la *Revue Neoscholastique* de Noviembre último, ese procedimiento consiste en estudiar científicamente la educación (dressage) en los animales, para lo cual deberían establecerse laboratorios especiales y de este modo se podría averiguar el desarrollo progresivo de las facultades psíquicas del animal. Por este procedimiento cree Hachet que se llegaría á dividir los animales en tres grandes grupos: animales educables por persuasión, por represión y por excitación. Pero si la educación se hiciera *científicamente*, veríamos cómo el reino animal podía reducirse desde el punto de vista psíquico á una escala de gradual y progresivo desarrollo que empezaría en el protozoario y acabaría en el hombre.

De entre los espiritualistas que se hayan dedicado de un modo especial á la psicología comparada merecen singular mención H. Joly y el jesuíta P. Bonniot. El primero, en su obra de psicología comparada del hombre y del animal, que fué premiada por la Academia de ciencias morales y políticas, discute ampliamente todos los problemas relativos á la vida animal. Esta comprende según Joly la actividad orgánica, la sensación, la imagen ó memoria espontánea, el deseo y la acción. Afiliado á ese grupo de espiritualistas franceses que han dado exagerada preferencia á la

observación por el sentido, descuidando la observación exterior, fácilmente se adivina que la obra de Joly resulta incompleta. Sus tesis psicológicas, en lo que se refiere á los animales, necesitan de la confirmación de la experiencia que sólo puede tener el naturalista, y Joly es un psicólogo pero no un naturalista.

Más completa es indudablemente la obra del P. Bonniot titulada *La bête comparée á l'homme*, puesto que no sólo justifica la diferencia esencial entre el hombre y la bestia valiéndose de los argumentos metafísicos que suelen emplearse en esta materia, sino que haciéndose cargo de todos aquellos fenómenos sorprendentes del instinto, en los cuales fundan los darwinistas su teoría de la evolución, trata de explicarlos sin necesidad de que intervenga en su producción una facultad racional. A esto se debe que á pesar de que en algunos puntos parece inclinarse al espiritualismo exagerado de Descartes y cercena el influjo de las imágenes sensibles en la formación de las ideas, es la obra del jesuíta francés la que más consultan y de la cual se sirven todos los psicólogos espiritualistas.

Expondremos en otro artículo las restantes especialidades psicológicas.

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO.

LA PSICOLOGIA DE LA CREENCIA SEGÚN ALGAZEL

(CONTINUACIÓN)

5.^a No variar los términos sacramentales en que están concebidas aquellas fórmulas de la fe; ó lo que es lo mismo: deben conservarse siempre las palabras tradicionales, sin introducir ninguna alteración.

Las alteraciones que hay que evitar son varias, que Algazel estudia separadamente. Pero, de todas ellas, dos son las más interesantes para nuestro objeto, y á las cuales se reducen las demás:

(A) La que consiste en verter ó traducir literalmente la fórmula de la lengua árabe á la lengua persa ó turca ó extranjera. La razón de esta prohibición está en que hay palabras árabes cuya versión exacta, propia y precisa es imposible, por carecer de equivalentes en las demás lenguas. En esta clase de alteración pueden sin dificultad incluirse las variaciones gramaticales de género, número etc., la permutación de sinónimos y otras muchas que Algazel analiza cuidadosamente.

(B) La que consiste en interpretar libremente el sentido ó la idea de las fórmulas de fe.

Por lo que toca á esta segunda especie de alteración, Algazel estudia sucesivamente tres casos que en ella pueden distinguirse, según se trate de un hombre del vulgo que intente explicarse él por sí mismo dicho sentido de las fórmulas de fe, ó según que sea un sabio que quiera explicarlo á un ignorante, ó según que el sabio procure hallar ese sentido por sí y para sí, sin comunicarlo á los demás.

(a) En el primer caso, Algazel declara que tal ejercicio de meditación le está prohibido al hombre del vulgo. Sin duda que todo el mundo prohibiría al que no supiera nadar el sumergirse en el fondo del proceloso océano. El piélago de la ciencia divina

es mucho más profundo y mucho más expuesto y peligroso que este mar de acá abajo; la muerte que acarrea, no tiene tras de sí la esperanza de otra vida.

(b) En el segundo caso, tampoco puede permitirse. Explicar el sabio al ignorante dicho sentido, es tan peligroso como si un nadador experto se lanzase al agua, llevando asido á uno que no supiese nadar, sobrecogido de temor el corazón y trémulos todos sus miembros. Esto sería exponerlo á la muerte; porque, si bien podría sostenerlo á flote mientras se mantuviera junto á la playa, sin embargo, le faltarían las fuerzas para salvarlo, tan pronto como se metieran mar adentro. Y es que una vez que se viera en alta mar, en medio de las agitadas olas y rodeado de terribles cocodrilos con las abiertas fauces prontas á devorarle, su corazón turbado por el terror, no le permitiría estarse quieto como él desearía para evitar el sumergirse.

Esto mismo sucedería al vulgo, si el sabio abriera ante sus ojos el secreto sentido de la doctrina revelada. “Y adviértase, añáde Algazel, que llamo vulgo también, al literato, al gramático, al tradicionista, al exégeta, al canonista y al teólogo. Más aún, llamo vulgo á todos los sabios, menos á aquellos que se han consagrado á aprender el arte sublime de escudriñar el fondo del piélago de la ciencia intuitiva, aquellos que en esto han empleado su vida toda, aquellos que apartaron sus ojos del mundo y su corazón de las pasiones, aquellos que renunciaron á los honores, á las riquezas y á todo género de deleites, aquellos que consagraron á Dios toda su ciencia y todas sus acciones, aquellos que cumplieron las prescripciones todas de la ley divina, aquellos que dejaron su corazón vacío de toda criatura para que solo Dios lo ocupase, aquellos en fin que, por amar á Dios, despreciaron y tuvieron en poco el amor de este mundo y hasta el mismo paraíso! Estos son los únicos capaces de engolfarse en el piélago de la ciencia intuitiva. Y no obstante, aun para ellos es mar peligroso: de diez, nueve perecen, y uno solo consigue la felicidad de encontrar la perla escondida.”

(c) En el último caso, es decir, cuando la interpretación del sentido esencial del dogma la trata de buscar el sabio por sí y para sí solo, sin comunicarla á nadie más que á su Dios, el problema se complica.

Ante todo hay que atender á los tres estados mentales en que puede encontrarse el sujeto; porque ó tiene *certeza* ó *duda* ú *opinión probable* respecto de la interpretación que él intenta dar á la

fórmula de fe. Si tiene *certeza*, la solución es clara: puede y debe aceptar su interpretación. En cambio, si *duda*, debe rechazarla, porque no es lícito atribuir á las palabras de Dios ó del Profeta un sentido, contra el cual militan tantas razones, cuantas son las que tiene en su pro. Pero si él cree su interpretación la más *probable*, conviene que examine previamente el objeto sobre el cual versa su opinión; es decir: el sentido que él cree probable ¿es lícito atribuirlo á Dios, ó contradice alguna de las perfecciones divinas? Aquí habrá, pues, probabilidad acerca del sentido del dogma, y duda acerca de la licitud de ese sentido. En cambio, puede suceder al revés: que tenga certeza de la licitud, y duda acerca del sentido. Ambos casos son, como se ve, diversos; pero en uno y otro, la voluntad humana es incapaz de evitar que la opinión surja; el hombre no es libre para echar de sí las opiniones que á la mente ocurren: las causas ó móviles de una opinión son fatales, y por eso Dios no prohíbe, sino el aceptarlas, el consentir en ellas. Dos solas condiciones, sin embargo, se le imponen al que así opine en materias de fe: es la una, que no se quede ya su alma tan tranquila con aquella opinión, como si no temiera que fuese errónea, pues esto equivaldría á identificar la opinión con la certeza; otra condición es, que no se atreva á pronunciar de palabra el juicio probable que ha formado, diciendo v. g., “tales textos alcoránicos significan esto ó aquello,” sino que debe decir: “yo opino que significan esto ó aquello.” Así dirá verdad, porque no hará más que formular de palabra el estado psicológico de su mente. En el caso contrario, formularía un juicio acerca de Dios ó del sentido de sus palabras, y se expondría á errar.

Pero de toda esta doctrina surge una nueva cuestión. Es la siguiente: ¿Será lícito al sabio, después de haber formado opinión cierta ó probable del sentido de un texto, comunicarlo á los demás, manifestando pura y simplemente el estado mental en que él se encuentra?

Si tiene *certeza* de su opinión, podrá comunicarla á todos aquellos que sean tan capaces como él para la ciencia intuitiva y hasta á aquellos que, sin ser tan capaces, estén consagrados á la adquisición de esa ciencia y sean aptos para recibirla, es decir, aquellos cuyo corazón esté puro de toda afición al mundo y á las pasiones, exento de todo fanatismo de escuela y que no busque la gloria mundana por medio de la ciencia. A todo el que posea tan esclarecidas dotes, se le podrá comunicar la opinión cierta. Y esto, por la sencilla razón de que en ello no hay ningún peligro; antes

por el contrario, los ingenios sedientos de la ciencia por la ciencia tienen instintiva aversión al sentido literal y externo de los dogmas, y por tanto es muy fácil que, buscando ellos por sí solos el sentido místico y esencial, caigan en interpretaciones erróneas, llevados de su amor á lo alegórico; de consiguiente, es justo y útil que el sabio les comunique la recta interpretación que con toda certeza haya él investigado. En una palabra: privar de la ciencia á los que son dignos es tan injusto, como enseñarla á los indignos. Y por eso la cuestión propuesta debe resolverse negativamente, si se trata de comunicar al vulgo la opinión, aunque sea cierta; entendiendo por vulgo á todos los que no reúnan las condiciones antes enumeradas.

Y si la opinión fuere sólo *probable*, ¿podrá el sabio comunicársela á sí propio y á los demás? Claro es que á sí propio no puede menos de comunicársela. Ya dijimos arriba que todos los estados psicológicos, como son la opinión, la duda y la certeza, están necesariamente presentes á la conciencia, sin que la voluntad sea capaz de producir la inconsciencia de los mismos. Tampoco ofrece dificultad la cuestión, si se trata de comunicar al vulgo la opinión probable, porque ya vimos que no es lícito hacerlo, ni siquiera con la opinión cierta. En cambio, cabe discutir si es lícito comunicar la opinión probable á las personas capaces, á las que no son vulgo. Por una parte, parece que debe ser lícito, si se les comunica en forma meramente opinable, tal como está en la conciencia del sujeto que la comunica, porque entonces no se hace otra cosa que formular de palabra el verdadero estado psicológico de la mente, es decir, afirmar una verdad. Pero, si bien se considera, no es lícito siempre decir la verdad, sino solamente cuando de ello no se ha de seguir mal alguno. Ahora bien, en este caso, cabe que se siga un mal y no pequeño. En efecto, puede suceder que la persona, á la cual se le comunique aquella opinión probable, la acepte de seguida como cierta, y formule ya de plano, respecto de Dios, juicios que repugnen á la divina esencia. No hay que olvidar que el entendimiento de las personas dadas al estudio tiene instintiva aversión hacia el sentido literal, y por tanto, así que se encuentra con una interpretación cualquiera que se salga de dicho sentido, inmediatamente descansa en ella y la toma como cosa cierta y segura, aunque sea sólo probable.

En suma: que la cuestión no puede plantearse ni resolverse en general, sino atendiendo á la naturaleza del texto revelado de cuya interpretación se trate, al mayor ó menor peligro de error

dogmático que aquella envuelva, y sobre todo, á las peculiares dotes de la persona á la cual se quiera comunicar el probable sentido del texto revelado. Porque si el sabio está seguro de que á aquella determinada persona le ha de aprovechar el conocer dicho sentido, y que el no conocerlo le ha de perjudicar, debe comunicárselo. Es más: aunque no esté seguro: basta con que tenga probabilidad del provecho ó del daño respectivamente. “¡Cuántos hombres hay á quienes el sentido literal de los textos dogmáticos ofrece un cúmulo tal de dudas y dificultades, que casi les hace perder su fe en el Profeta y negar la verdad de su palabra! A estos hombres, si se les comunica un sentido cualquiera no literal de los dogmas, aunque sólo sea probable, aunque se aparte mucho del literal, les aprovechará grandemente y no les traerá perjuicio alguno: para la enfermedad que ellos padecen será una medicina, lo que para otros sería un mortífero veneno. Y por el contrario ¡cuántos hombres hay á quienes el sentido místico ó esencial de los dogmas nada les dice, ni tampoco les ocurren jamás dudas respecto de la letra de los textos revelados! A estos hombres, enseñarles una cualquiera interpretación alegórica, equivaldría á turbar sus firmes creencias. Y estos últimos son los más. Por esto no conviene explicar tales sentidos desde el púlpito: porque sólo serviría para despertar en la mayor parte de los oyentes dudas que hasta entonces no les habrían jamás ocurrido. Los primeros tiempos del islam fueron tiempos de fe sencilla y firme; por eso entonces nadie se ocupaba en la interpretación alegórica: porque temían turbar la fe, moviendo dudas y excitando sospechas. Y los que en nuestros días se apartan de la prudente conducta de los primeros musulimes, no consiguen otra cosa que sembrar la discordia entre los fieles y hacer de sus corazones un hervidero de dudas..”

MIGUEL ASÍN.

(Continuará.)

EL ESFUERZO INTELECTUAL SEGUN H. BERGSON

¿En qué se distingue la labor del pensamiento cuando se reconcentra en sí mismo y parece agotar todas sus energías, de la labor que realiza cuando su actividad se desarrolla fácil, desembarazadamente y sin esfuerzo alguno?

Es indudable que nuestra conciencia distingue claramente esos dos estados del espíritu, aunque no sepamos señalar de un modo concreto y preciso en que está la diferencia. Ribot, Mosso, Feré y otros muchos han hecho repetidas experiencias para comprobar las alteraciones fisiológicas que el esfuerzo intelectual produce en el organismo; pero tales investigaciones podrán á lo sumo llegar á precisar los concomitantes fisiológicos del fenómeno, mas no el fenómeno, que sólo á través de la conciencia y desde el punto de vista psíquico puede observarse convenientemente. Al lado de la aceleración del riego sanguíneo, las alteraciones del pulso, la tensión muscular, las intermitencias de la respiración, etc., etc., hay un trabajo mental en que las imágenes y las ideas es posible que se enlacen y combinen de manera distinta y siguiendo otra dirección de la que suelen tomar cuando no hay esfuerzo ó el espíritu no se pone en tensión. Si el esfuerzo intelectual altera la marcha normal del organismo, ¿por qué su influjo no ha de extenderse también á la asociación de imágenes y á la combinación de las ideas? ¿por qué no ha de ser distinta del curso ordinario la marcha del pensamiento cuando se agita fuertemente?

Estas consideraciones hacen sospechar que el esfuerzo mental debe tener (aparte de las alteraciones fisiológicas que produce y las cuales podrían ser la causa del sentimiento del esfuerzo que tan claramente advertimos), algo propio y peculiar que le distingue de los demás estados del entendimiento.

El conocido psicólogo H. Bergson acaba de publicar en la *Revue philosophique* (Janvier, 1902) un trabajo en el cual se propone averiguar la característica mental del esfuerzo de la inteligencia. Por la originalidad del asunto creemos interesante el resumirlo.

Examina el autor por separado las diferentes especies de trabajo intelectual, y empieza por el más sencillo, que es el trabajo de reproducción ó de recuerdo.

Para estudiar el fenómeno del esfuerzo en los casos de reproducción voluntaria y reflexiva, acude Bergson á los tratados de mnemotecnia y la psicología de los grandes calculadores y jugadores de ajedrez.

En cuanto á las reglas mnemotécnicas hace notar que todas ellas tienden á reducir la multitud de palabras ó imágenes que han de retenerse en la memoria á una representación única, simple é indivisa que las reconcentre. Esta representación es la que se confía á la memoria. Cuando viene el momento de recordar lo aprendido, hay que descender de la cumbre de la pirámide á la base. «Entonces hay que bajar del plano superior de la conciencia en el que todo estaba sintetizado en una sola representación, á planos cada vez menos elevados y más próximos á la sensación, en los cuales la representación simple se refracta en imágenes, las imágenes en frases y palabras.» De manera que el perfeccionamiento de la memoria, más que en el aumento de retentividad consiste en la mayor facilidad de subdividir, coordinar y enlazar las ideas. A esa representación única que contiene de un modo implícito todas las imágenes que aparecerán cuando se verifique el recuerdo, la llama Bergson *esquema dinámico*.

Los jugadores de ajedrez que dirigen varias jugadas sin mirar á los tableros, nos dicen que la visión mental de las piezas mismas les sería más bien perjudicial que útil: ellos no retienen ni se representan la forma exterior de cada pieza, sino su objeto, su valor y su función. Así el alfil no se lo imaginan como un trozo de madera más ó menos extraña sino como una fuerza oblicua, la torre como un cierto poder de marchar en línea recta, etc. Lo mismo ocurre con la marcha de la partida. «Lo que está presente á la memoria del jugador, es una cierta composición de fuerzas, ó mejor una cierta relación entre potencias aliadas ú hostiles... Así obtiene una representación del todo y puede en un momento cualquiera *visualizar* tal ó cual parte.»

De todo esto infiere Bergson que el esfuerzo de memoria consiste en desarrollar un *esquema*, el cual es simple ó por lo menos concentrado, en una imagen con elementos distintos y más ó menos independientes los unos de los otros. Si dejamos á la memoria vagar á su capricho y sin esfuerzo alguno, las imágenes suceden á las imágenes, todas homogéneas entre sí y situadas sobre un mismo plano de la conciencia. Si por el contrario nos esforzamos en recordar una cosa, parece que concentramos nuestra mirada en un punto de vista superior para bajar luego gradualmente á las imágenes que necesitamos recordar.

Semejante en sus procedimientos al esfuerzo de la memoria, es la marcha que sigue el entendimiento en sus funciones de comprender, interpretar y poner su atención en una cosa.

La verdadera intelección consiste según Bergson en un movimiento del espíritu entre las percepciones ó imágenes y su *significado*. Aunque las imágenes ó percepciones parecen ser el punto de partida de ese movimiento, puesto que si se trata de seguir una demostración, ó leer un libro siempre son las imágenes ó percepciones las que se presentan al entendimiento para que éste las traduzca en relaciones; el espíritu sigue en realidad el camino inverso en sus trabajos de interpretación. He aquí cómo razona Bergson esta afirmación que á primera vista parece ser extravagante y caprichosa.

Es evidente que para enterarnos de la solución de un problema matemático hemos de resolverlo por nosotros mismos. Ora esté el cálculo escrito en la pizarra ó en un libro, ora lo oigamos de boca del maestro, las cifras que vemos ó escuchamos no son más que señales indicadoras, á las que nos referimos para facilitar nuestra marcha, y las frases que leemos ó escuchamos no tienen para nosotros sentido completo hasta que somos capaces de buscarlas por nosotros mismos y crearlas en cierto modo. De donde resulta que en el curso de la demostración leída ó escuchada hemos adquirido algunas indicaciones que nos han servido de puntos de mira. De estas imágenes hemos saltado á las representaciones abstractas de relaciones. Partiendo de estas representaciones, las desarrollamos en palabras imaginadas que vienen á juntar y recubrir las palabras leídas ó escuchadas. Luego comprender, no consiste en seguir las imágenes paso á paso colgándeles la etiqueta de una idea, sino en partir de las ideas «supuestas» para llegar á las imágenes.

De un modo semejante explica los actos de interpretación y atención, utilizando para el primero las experiencias de Catell, Goldscheider y Müller, acerca de la lectura y adoptando para el segundo la teoría de la *prepercepción* de Lewes. (1)

De todo lo cual concluye que «el esfuerzo intelectual para comprender, interpretar y fijar la atención es un movimiento del *esquema dinámico* en dirección de la imagen que lo desarrolla. Es una transformación continua de relaciones abstractas, sugeridas por los objetos percibidos, en imágenes con-

(1) Según esta teoría la atención voluntaria no se dá sin una representación anticipada de aquello que se va á percibir.

cretas, capaces de recubrir esos objetos.» En estos actos como en los de la memoria, el sentimiento del esfuerzo de la intelección se produce siempre en el trayecto del esquema á la imagen.

Por el mismo procedimiento explica el fenómeno de la invención, apoyándose en la doctrina que Th. Ribot expone en su obra *La imaginación creadora*. El músico, el poeta, el dramaturgo, el inventor de una maquina, etcétera, empiezan su labor por un esquema del todo, y el resultado no se obtiene sino después de haber llegado á una imagen distinta de las partes, es decir, que van de lo abstracto á lo concreto, del todo á las partes, del esquema á la imagen. Las dos formas de la imaginación creadora que distingue Ribot, una intuitiva, que va de la unidad a los detalles, y otra reflexiva que va de los detalles á la unidad vagamente vislumbrada, las explica Bergson dentro de su hipótesis, diciendo que esas formas sólo indican que el esquema es en algunos casos flexible y elástico, y entonces el espíritu va fijando los contornos en relación con las imágenes que el esquema va atrayendo hacia así para darse cuerpo. De manera que «trabajar intelectualmente, consiste en conducir una misma representación á través de diferentes planos de conciencia, en una dirección que va de lo abstracto á lo concreto, del esquema á la imagen.» El vaivén entre el esquema y las imágenes, el juego de imágenes adaptándose ó luchando entre sí para entrar en el esquema, la presencia de muchas imágenes distintas pero que ninguna llena las condiciones; todo esto puede producir el sentimiento del esfuerzo intelectual.

En apoyo de esta teoría, viene además la explicación que por ella se obtiene de los efectos del trabajo intelectual y de otras muchas circunstancias que acompañan á ese fenómeno.

Y para completar su trabajo expone ampliamente el concepto del esquema dinámico, y trata de justificar su existencia. Dicho esquema consiste en una espera (*attente*) de imágenes, en una actitud intelectual, destinada unas veces a preparar la llegada de una imagen precisa, como en el caso de la memoria, otras á organizar un juego más ó menos prolongado entre las imágenes que pueden intervenir, como en el caso de la imaginación creadora. Está presente é influye en la evocación de las imágenes, se borra y desaparece tras las imágenes una vez evocadas, puesto que ha cumplido su papel.

Basta tener un conocimiento superficial de los problemas psicológicos, para penetrarse bien de las gravísimas dificultades que ofrece el tema desarrollado por el eminente profesor del *Colegio de Francia*. Se han dado tantas soluciones y tan diversas al proceso del desarrollo de la inteligencia humana, que el presentar una nueva explicación, sintética y genial como la de H. Bergson, significa un esfuerzo digno de todo encomio. Es realmente notable el empeño de señalar una misma dirección idéntico proceso á todas las funciones de la inteligencia, cuando ésta trabaja por conocer algún objeto. Quizá ese espíritu de unidad y simplificación lleva al autor á forjar explicaciones de hechos, las cuales nos parecen insuficientes.

Indicaremos brevemente nuestros reparos á la teoría de Bergson.

Hay que dar una explicación violenta á los hechos para poder decir que «las ideas supuestas» ó la hipótesis, son siempre el punto de partida en el proceso de la *comprensión é interpretación*. En el caso de la comprensión de un teorema matemático, podrá ocurrir alguna vez, como dice Bergson, que el alumno haya entrevisto de una manera confusa la demostración, y en este caso la inteligencia vaya de las ideas supuestas á la imagen, de lo abstracto á lo concreto; ¿pero no ocurre muchas veces lo contrario? Saltar de un golpe á la cumbre de la demostración, apoderándose de la idea fundamental para

descender luego á la región de las frases y proposiciones que la desarrollan totalmente, no se acomoda á esa ley innegable de la inteligencia, según la cual, esta va de las relaciones sencillas y menos complejas á las más complejas. El alumno empieza de ordinario por enterarse separadamente de las distintas proposiciones que forma la demostración, las compara y sólo merced á esta comparación se le ofrecerá la percepción más ó menos clara del enlace que hay entre ellas, esto es, de la demostración.

Algo parecido ocurre en el fenómeno de la interpretación de los hechos. La observación y la experiencia son sus necesarios precedentes, y no es indispensable que estas se verifiquen bajo la presión de una hipótesis. Como dice Stuart Mill «las concepciones que se emplean para la coordinación y sistematización de los hechos, no nacen espontáneamente de adentro; el espíritu los recibe de afuera. Se las obtiene por la comparación y la abstracción, y en los casos más importantes y más numerosos, los adquirimos por abstracción de los fenómenos mismos, para cuyo enlace y explicación se emplean. (1).

Sólo cuando se trata de confirmar una hipótesis, la cual seguramente nos la habrán sugerido los hechos, puede decirse, empleando la fórmula de Bergson, que la inteligencia va del esquema á las imágenes. En los demás casos, va de los hechos a la idea ó concepto que los enlaza y explica.

El señalar una marcha enteramente igual para todas las inteligencias, nos parece una generalización sin base suficiente. Porque contra la uniformidad de ese proceso en todos los individuos, pueden citarse los hechos siguientes:

1.º La existencia de tipos intelectuales, cuya clasificación se apoya principalmente «en la naturaleza peculiar de pensamientos y de imágenes abstractas ó concretas, auditivas ó visuales que se desarrollan en ellos y por ellos.» (2).

2.º La formación intelectual de los grandes pensadores, en los que seguramente no ha empezado á desarrollarse la inteligencia por la concepción del principio que sirve de eje á su sistema filosófico, sino que aprendieron la verdad á trozos, cuyas relaciones no verían en los comienzos, y sólo después de una elaboración penosa de comparaciones y tanteos, llegaron á unificarlas. Darwin por ej: amontona materiales y observa las plantas y los animales por espacio de muchos años; después, la lectura del libro de Malthus (hecha por casualidad) le chocó, y acabó por fijar su doctrina. «En la creación literaria y artística, abundan ejemplos semejantes.» (3).

3.º La teoría sobre este punto de todos los filósofos empíricos ó positivistas diametralmente opuesta á la de Bergson. Este debiera al menos indicarnos el espejismo de conciencia que padecieron dichos señores y que fué causa de su equivocación en apreciar la marcha del conocimiento, puesto que se trata de un hecho de conciencia, que todos pueden comprobar.

En resumen: la hipótesis de Bergson, puede servir para explicar una fase del proceso intelectual, pero no todo el proceso, conviene á determinados tipos intelectuales, más no á todos, y sólo puede aplicarse á determinados momentos del desarrollo de la inteligencia.

ALBERTO GÓMEZ IZQUIERDO.

(1) *Système de logique*, tom. II. (trad. franc.) p. 497. París, 1866.

(2) Vid. *Esprits logiques et esprits faux* par F. Paulhan. Introd. La misma clasificación de las formas de la imaginación creadora que el autor mismo nos recuerda citando á Ribot, debiera haberle hecho pensar esto mismo que nosotros indicamos.

(3) Th. Ribot, *Ensayo de la imaginación creadora*, (trad. cast.) Madrid, 1901.

NOTAS

En el Congreso internacional de filosofía celebrado en París durante la última Exposición Universal, fueron presentadas á la Sección de filosofía general y metafísica una memoria de Mr. A. Lalande, profesor en el Liceo Michelet, con este título: *Sur la critique et la fixation du langage philosophique*, y otra de Mr. Ivanovski, profesor en Moscou, sobre análogo tema.

No es nuevo el pensamiento de armonizar y unificar el tecnicismo de los que escriben filosofía. Las dificultades para entender el texto de un autor que comulgue en escuela distinta de la del lector, han sido lamentadas con frecuencia por los mismos filósofos.

La lectura de Kant ó de Hégel, exige una larga preparación lexicográfica, que no todos resisten. Los mismos escolásticos, una vez pasada la época de su dominación casi universal, viéronse precisados á redactar léxicos ó diccionarios técnicos, que todavía se imprimen *ad calcem voluminis* en las ediciones del Angélico Doctor.

Todo esto quiere decir que, á medida que se ha ido cargando el ambiente intelectual con elementos heterogéneos y aun contradictorios, esto es, á partir de la época del Renacimiento, rota la uniformidad de la técnica filosófica, hubo de surgir por fuerza algo así como una Babel en las relaciones de los pensadores de Europa: todos empleaban idénticas palabras, para significar ideas diversas.

Aun antes de esa fecha, puede asegurarse que la unanimidad del pensar sería sólo aparente en la mayoría de los casos, hasta dentro de una misma escuela; porque es muy difícil que dos hombres coincidan en formarse idéntico concepto de una misma realidad, ó que en dos cerebros sugiera idéntica reacción mental una misma palabra.

Pero lo que más debió contribuir á aumentar aquella confusión fué, á nuestro juicio, el hecho de abandonar el latín como lengua sabia los escritores de filosofía. Desde aquel momento, los equívocos, los *quid pro quo*, habían de estar forzosamente á la orden del día; porque no hay que olvidar que los idiomas hablados en Europa no tienen todos un origen común, al menos tratando de su filiación próxima; y por consiguiente las raíces, no siendo idénticas, han de presentar en su significado técnico diferencias fundamentales, ó cuando no, habrá de estar fundada su sinonimia en analogías metafóricas, á veces muy remotas.

Esto último es lo que ha intentado poner en claro Mr. Ivanovski, explicando históricamente cuáles han sido las fuentes del lenguaje filosófico, y cómo se ha ido éste obscureciendo y diversificando, bajo el influjo de los idiomas, de las épocas, de las escuelas y de los pensadores.

En cambio, Mr. Lalande, ha dirigido todos sus esfuerzos á evitar esta anarquía reinante en el tecnicismo filosófico, investigando los medios prác-

ticos para crear un vocabulario fijo y definido. Reconoce, sin embargo, que esta empresa no ha de ser fruto del trabajo individual, sino del esfuerzo colectivo. Mas, para comenzar, propone la redacción de un léxico en el que entrasen los términos unánimemente admitidos y entendidos por todos, v. g.: los que la filosofía toma de las ciencias positivas. Luego, podrían incluirse las diversas acepciones en que se usan los términos que no todos entienden igual, y con ello se habría dado un gran paso para evitar los equívocos. Finalmente, en el léxico tendrían cabida sin discusión los términos técnicos de escuelas que ya pasaron.

Fruto de la memoria de Mr. Lalande ha sido la fundación de una sociedad filosófica, cuyo fin, es el de fijar y mejorar el lenguaje filosófico, poniéndose para ello en comunicación con las sociedades sabias del extranjero, que sean de índole análoga.

No sabemos que hayan solicitado el concurso de nuestra patria, aunque sospechamos que, de hacerlo, se habrán perdido en el vacío las solicitudes de esta sociedad para un fin de interés general, y que exige además, como ninguno, el esfuerzo colectivo. (M. A.)

*
*
*

El Seminario de San Sulpicio de París, no olvida las gloriosas tradiciones de su brillante pasado: en nuestros días sigue respondiendo á ellas con el mismo espíritu científico, con idéntica amplitud de miras en la indagación serena de la verdad. Uno de sus más prestigiosos miembros acaba de publicar en los *Annales de philosophie chrétienne*, un bien pensado trabajo sobre *El porvenir de la teología bíblica*, cuyas ideas capitales se prestan á seria meditación é interesan no poco á cuantos se preocupen de los estudios filosóficos en su relación con la teología.

Para todo el que haya saludado la historia del pensamiento cristiano, es cosa sabida que los primeros escritores eclesiásticos (Clemente alejandrino, S. Irineo, Orígenes, etc.) consagraron todos sus esfuerzos á explicar el dogma revelado en armonía con las ideas filosóficas de las escuelas paganas menos refractarias á esa armonización. No fueron los Santos Padres, por regla general, exclusivistas en la defensa de ninguna doctrina filosófica, sino eclécticos prudentes y juiciosos, inspirándose constantemente en la Revelación, para coordinar sus síntesis teológicas. Por esto, las pruebas de razón invocadas por ellos en apoyo de los dogmas no son siempre, ni en todos, las mismas: quien se acoge á Platón y á los neoplatónicos, quien á Aristóteles y á los peripatéticos, quien á las doctrinas del Pórtico.

Esta manera libre y ecléctica de organizar la dogmática fué decayendo, al par que decaían los estudios filosóficos, como toda la cultura antigua, por el empuje de los Bárbaros. No desapareció empero, sin lanzar sus últimos fulgores en las obras de San Agustín, el más ecléctico quizá de los Padres, excepción hecha de Clemente de Alejandría: en ellas, efectivamente, late vigorosa la idea de la evolución moral é intelectual, á la que en nuestros días han otorgado tanto valor Newman y Moelher.

Según esta idea, la dogmática no puede ser considerada como un sistema inmóvil, perfecto y acabado de una vez para siempre, trazado con un plan *à priori*.

Sin embargo, la edad media tuvo esta generosa ambición. El genio de Santo Tomás de Aquino, animado de aquel sano eclecticismo oportunista de los primeros Padres, consiguió dotar á la teología cristiana de una magistral síntesis; y desde entonces, por múltiples concausas eventuales, no por su sola virtualidad intrínseca, esa síntesis, en manos de los discípulos del Angélico Doctor, pretendió perder el carácter provisional que su autor le diera, para convertirse en definitiva, inmutable y absoluta.

Los peligros á que se presta esta concepción de la teología escolástica, no pueden ocultarse á la vista del observador sincero. Desde el siglo XIII, la evolución de las ideas filosóficas ha sido tan grande, que hoy resultan inteligibles, cuando no pueriles, muchas explicaciones racionales del dogma, inspiradas en el pensamiento filosófico de la Edad Media.

La renovación es pues inevitable. De nada sirve oponerse al movimiento de evolución constante. Permanecer inmóviles, equivale á quedar rezagados cada vez más en el camino. Nos exponemos á que llegue un día en que no nos entiendan nuestros adversarios, por hablar un lenguaje que ya pasó.

Anunciar estos peligros y señalar uno de los medios más principales para sortearlos, es lo que intenta el autor del trabajo á que arriba aludimos. Según él, para que los estudios dogmáticos vuelvan á inspirarse en el libre criterio de los primeros Padres, urge cultivar la teología bíblica.

Es ésta una exposición de las ideas religiosas contenidas en la Biblia, y hecha, en la medida de lo posible, según se encuentran en la Biblia. Y en esto cabalmente se distingue de la teología dogmática. «Debe dejar á un lado la especulación filosófica, y hasta prohibirse á sí misma, en cuanto sea posible, el empleo de fórmulas, consagradas quizá por una tradición posterior, pero desconocidas á los escritores sagrados. Su fin no es pues, como el de la dogmática, reunir los datos doctrinales esparcidos en los libros inspirados para fusionarlos y hacer con todos ellos una armoniosa síntesis; límitase tan sólo á describir fielmente las enseñanzas de la Biblia en su desenvolvimiento progresivo y las formas diversas bajo las cuales se nos presenta.»

El origen histórico de esta disciplina es bien moderno. A decir verdad, no debe buscarse ni en los Santos Padres, ni en los escolásticos, ni siquiera en los teólogos protestantes de los siglos XVI y XVII; no se remonta más allá del XVIII, y hasta podría fijarse la fecha precisa de su nacimiento, por el discurso académico pronunciado en 1787 en Aldorf por J. Gabler, sobre este tema: *De justo discrimine theologiæ bibliæ et dogmaticæ, regendisque recte utriusque finibus*. Este discurso fué como el programa. Su realización se ha intentado, aunque inspirándose en un criterio racionalista, por G. L. Bauer, De Wette (1813), von Coellen (1836), B. Bauer (1838), Noack (1853) y E. Haag (1850). Neander y su escuela, Ch. Schmid, H. Messner y G. Lechler, más libres de prejuicios, penetraron mejor en el pensamiento de los

autores inspirados. Y no deben olvidarse los trabajos del teólogo católico Lutterbeck.

La más grave dificultad con que tropiezan estos estudios es la incertidumbre que todavía reina acerca de la fecha exacta en que fueron escritos un gran número de los sagrados libros y sobre el orden sucesivo de su aparición, principalmente respecto del Antiguo Testamento. Ni es menor el peligro que para el católico representa el hecho de ser racionalistas la mayor parte de los trabajos de crítica y teología bíblica publicados hasta el presente, y en los cuales ha de buscarse forzosamente la iniciación, antes de que se generalicen entre nosotros esos estudios auxiliares de lenguas orientales y de crítica de los textos.

Pero lo más triste quizá, sobre todo para nuestra España, es que por ninguna parte se vislumbra la aurora de ese renacimiento bíblico.

Apesadumbra el ánimo considerar cómo, á pesar de la cultura superior que hay derecho á exigir de nuestros numerosos Seminarios generales, carecemos de estudios personales sobre tan importantes materias, de centros consagrados á estas enseñanzas, y hasta de especialistas aislados que pudieran fomentar tales aficiones en la juventud. No exageramos nuestros pesimismo: la *Revue Biblique* (Octubre, 1901) se lamenta con sentidos acentos de la penuria en que vive España en estos estudios, y cabalmente lo hace, al elogiar las iniciativas generosas del P. González Arintero en dicho sentido, no sin notar que los trabajos del docto dominico se resienten de este vicio de origen que consume la enseñanza eclesiástica en España: la ignorancia de las lenguas orientales. (M. A.)

* * *

Ha comenzado á publicarse una edición de las obras del genial polígrafo mallorquín, Ramón Lull, según los textos originales. Sabido es que la edición más completa, que es la de Maguncia, contiene la versión latina de los libros del *Doctor Iluminado*, y aun no de todos ellos. Con esta ocasión, Mosen Salvador Bové aboga en la *Revista Luliana* (Enero, 1902) porque la edición que ahora se emprende sea la más completa posible y contenga, aparte del texto catalán, los originales arábigos de aquellas obras que Lull redactó primitivamente en esta lengua, y que después vertió á su habla nativa.

Gustosos nos asociamos á los votos que hace M. S. Bové para la pronta realización de esta empresa que tanto habría de aclarar el oscuro problema de las filiaciones arábigas del sistema luliano; pero mucho nos tememos que á dicha realización se opongan obstáculos más difíciles de sortear que los puramente económicos, porque se nos antoja que aquellos originales árabes existirán tan sólo en los generosos deseos de la *Revista Luliana*. Experimentaríamos el más vivo placer, si los hechos llegasen á desmentir estas nuestras sospechas. (M. A.)

SECCIÓN DE HISTORIA

EL PÚLPITO ESPAÑOL

EN LA ÉPOCA DEL MAL GUSTO

(CONTINUACIÓN)

Porque, viniendo ya á la cuestión, el mal gusto en el predicar siempre ha tenido iguales causas y causas propias, independientes en lo substancial de las causas que lo ocasionaron en las otras manifestaciones literarias.

¿Cómo explicar, si no, semejante irrupción del mal gusto en una literatura sacra cuando apenas si las musas profanas daban claras muestras de tan funesta intoxicación, cuando escribían sus admirables producciones Calderón y Lope, cuando aun casi imputrefactos los cuerpos venerandos del maestro León y de Malon de Chaide podían reñir las batallas del talento imponiendo con la suavísima miel de sus escritos los verdaderos dogmas estéticos, la afición á lo áticamente culto y bueno y sano y positivo?

Y, sin embargo, nada más natural que tales acaecimientos, si se recuerda que el nervio del evangelizador de las multitudes, esto es, la filosofía, estaba desde el furioso asalto del Renacimiento, á cuatro dedos de su total descrédito. Aquellas «cuestiones inútiles, el abuso de fórmulas técnicas é ininteligibles, las discusiones alambicadas, el formalismo dialéctico-silogístico, la falta de cultura y de pureza en el estilo y en el manejo de la lengua latina» (1), caracteres que los historiadores hacinan sobre la escolástica del siglo XVI, ¿no es cierto que parecen un retrato de lo que posteriormente ha de ver lloroso el púlpito español? Aquellos filósofos que en vez de buscar en el meollo de la metafísica argumentos decisivos, y como espadas fortísimas é inquebrantables, blandían cañas largas, más para pescar los razonamientos

(1) Zefer. Gonz. Hist. de la Filos. t. III, p. 405.

de la sutileza y la chanza que para defender los principios de una ortodoxia veneranda, ¿no son por ventura padres del sermón circunstanciado, del panegírico de relumbrón, de la oración fúnebre preñada de hipérbolos estupendas, de barbarismos improcedentes, de equívocos desustanciados? Aquellos escolásticos de quienes contaba nuestro eximio Melchor Cano que *...Scriptura Sacra neglecta.. non prophetas, non apostolos, non evangelistas, sed Cicerones, Platonos, Aristoteles, personabant* ¿no parecen, acaso, condiscípulos de Fr. Gerundio de Campazas en el aula del legendario Fray Toribio?

Cayó como avalancha una turba de filosofastros dejando tendida y maltrecha la augusta matrona que personificaba la verdad natural y sustentaba con su robusta mano la verdad revelada... Las obras doctas de Suárez, Cano y Vives son olvidadas, y el formalismo de las *Súmmulas* cobra el barato en tal científica anarquía; la hermosa argumentación verdaderamente oratoria de los padres graves de la antigua escuela, se ve atada con nudos de equipolencias, reducciones, ampliaciones, alienaciones, y los discípulos se adiestran en inventar contrarias, subalternas, contradictorias y subcontrarias, verdadera esgrima del florete con todos los aspavientos del modo italiano, mientras el dogma se corrompe, mientras la influencia reformadora descarga su nube de plomo, mientras molinistas y tomistas desunen y merman las fuerzas de la falange católica con daño de la ciencia, con menoscabo de la fe, con vergüenza de los prudentes.

¡Qué mucho, pues, que al morir la vieja filosofa, madre de ciencias y artes, transmitiera á éstas, sus legítimas herederas, por todo legado las inclinaciones morbosas de su sangre corrompida? Brotaron, por consiguiente, en la poesía y en la oratoria el circunloquio y la sutilidad, fatales diátesis de la madre filosofa; pero ¿quién iba á pararse por aquellos días en deslindar causas últimas de la adulteración de las letras?

Por eso dura el mal dos largos siglos; por eso el púlpito, más sometido por fáciles motivos al influjo de las ciencias especulativas, es el primero en experimentar la corrupción; por eso también, habiendo sido el primero en estudiar su propia decadencia, fué en el recobrar algo de su primitivo seso y marcha apacible y grave peso.

A mediados del siglo dieciocho reconoció esta gran verdad y la expuso en diversas formas el P. Isla en su incomparable *Fr. Gerundio*; y más adelante el abate Andrés en su eminentísimo compendio de literatura dijo con profundidad admirable estas palabras: (1)

«Cierta anhelo ridículo y pueril de querer manifestar espíritu filosófico y pensador y de tener un estilo, como dicen, lleno de sentencias y donde más sean las cosas que las palabras, engendra un modo de hablar abstruso y confuso y una precisión dura, enredada y senten-

(1) «Origen, progresos y estado actual de toda la literatura».— Madrid. Sancha. 4784.— tomo II, pág. 397.

«ciosa que regularmente nada dice y siempre es difícil de entender, si en realidad dice alguna cosa. En todo se quiere hacer ostentación de espíritu y de aquí provienen las frías antítesis y los miserables juegos de ingenio que muestran la pobreza y pequeñez de espíritu de los escritores», después de haber afirmado veinte páginas antes (1) que su siglo no es el siglo de los teólogos y que todo lo que mira á la disciplina eclesiástica ocupa el ínfimo lugar entre los estudios que están en aprecio.

Así nos lo confirma el ilustre Alonso Cano á tiempo que dedicaba á la Real Academia Española su edición de las *Oraciones* de Paravicino echando á la parte de los pecados el que tal abundante orador hubiera dado *cuartel á las sutilezas escolásticas* y así lo declaró lucidísimamente el Sr. Ferrer del Río al trazar en párrafos muy elegantes el estado de las letras sagradas del pasado siglo. (2)

Pero demás de esta causa honda y universal y complectente de todo el literario desbarajuste, existía otra muy decisiva en cuanto á la oratoria sacra: la poca importancia que el clero del siglo XVII concedía al ministerio de la predicación para los efectos del encumbramiento personal y positiva fama. Vinculada en el claustro la evangélica tarea, puede asegurarse que se miraba como de pequeño mérito el oficio de predicador entre los miembros del clero secular. Raras debieron ser las prebendas y las mitras ganadas á puros argumentos oratorios, á fuerza de cuaresmas y novenarios y misiones, pues tal es el espíritu de aquel tiempo revelado primero por los que narraron sus interioridades y además por el hecho observado de no ser talentos de primera magnitud ninguno de los que consagran su vida á esparcir semillas de doctrina. Harto se condolía de ello un muy docto trinitario (3) del siglo XVIII cuando al entrar en las causas del mal gusto en el púlpito decía:... «Este (ministerio de la predicación) pide talentos grandes y éstos, por lo comun rehusan tan pesada tarea, aspirando con el estudio de Dogmas, Cánones, Historias y Política á los ascensos que rara vez se logran por la predicación, de que nace haberse de cargar con este peso, hombres de inferior capacidad y menos erudición.»

Vulgares los predicadores, explicaban á los vulgares la divina palabra en términos vulgares, únicos que sabían expresar; y he aquí que en muy poco tiempo la vulgaridad era el patrón del sermón: el pueblo hizo la reacción desde el encopetado cultismo á la ruindad, y esto explica el ingreso del elemento bajo y chocarrero: el sujeto recipiente de la acción oratoria, el pueblo á quien iban enderezados los sermones inficionados por el mal gusto imperante y tomando humos de fundador de escuela, exigía altivo que se le predicase en su idioma, que si se adoptaba la metáfora como medio de esclarecer y comparar, fuese ésta

(1) *Ibid.* págs. 378-79.

(2) ...Porque á la sazón, según datos irrefutables, los cursantes de las esc. etc.

(3) Fr. Roque Laplana.—«Dissertac. acad. sobre el buen gusto, etc.» pág. 47.

sacada de las cosas triviales y rastreras que él llevaba entre manos; que si la fiesta anual de la aldea era costeada por un mayordomo rico, de oficio tejedor ó carpintero ó labrador, fuese el exordio tan rumbosamente circunstanciado como en las grandes ocasiones; que brotase el elogio al generoso, por su desprendimiento; que sonara el recuerdo de toda particularidad que concurriese en la fiesta... y allá textos de una Sacra Escritura furiosamente arrastrada para que venga á cuento, y allá las exclamaciones más en uso por la gente del campo y allá los comienzos estupendos para ocasionar la sensación y allá, en fin, la populachería poniendo borlas en ciertas cabezas tenidas como indignas de ellas por la ciencia y por la virtud.

Erraba completamente el bueno del padre Isla al creer que en su tiempo tuviera mucho más séquito un predicador que predica que un predicador que representa. (1) Su biógrafo Monlau sí que estaba en lo cierto y con él ha de sentirse que «el gusto de los oyentes estaba tan echado á perder por la corrupción oratoria de los predicadores que era prudencia no chocar de lleno con sus preocupaciones inveteradas y mostrarse algo condescendiente con aquellos paladares estragados.» (2) Y no menos gravemente discurrió el doctor Menéndez y Pelayo al tocar aquella oratoria sagrada «*entonces más lastimosamente degradada y pervertida que ningún otro género literario, contribuyendo á tal ruina su mismo carácter popular y el infinito número de sus cultivadores, no siempre escogidos entre los más doctos y de más refinado gusto.*» (3).

De los comienzos del siglo XVII arranca el descaecimiento de nuestra pujante oratoria sagrada y si este estado no se asimila al de enfermedad muy vergonzosa en que la vemos en la siguiente centuria, bien puede afirmarse que sus *Florilogios*, *Conceptos predicables*, *Quaresmas* y *Sermonarios* son índice completísimo de todos los vicios que afligían ya á las letras profanas y de muchos otros más que no hicieron aún presa en cuerpo tan pulido y hermoso.

Y tan cierto es esto que no podrá menos de creerlo á pies juntillas quien me acompañe á dar un paseíto por entre los pergaminos del tiempo á que aludo. Véase cómo empieza un sermón de S. Andrés apóstol dicho por el padre Fr. Alonso de la Cruz (4) aun dentro del siglo XVI, porque la colección de que forma parte lleva fecha del año 1600 redondo:

«Ya se comienzan á abrir las zanjas y cimientos del edificio de la iglesia y se asientan las dos primeras piedras fundamentales, Pedro y Andrés...

(1) Serm. dicho en Santiago en 1735.

(2) Vida del P. Isla, vol. XV de la Bib. de AA. EE. p. IV.

(3) Hist. de las id. estét. en Esp. t. III vol. I p. 414.

(4) «Primera parte de los discursos evangélicos y espirituales en las fiestas principales de todo el año. Barcelona, por Jaime Cendrad. MDC.

y dígase de paso si pueden haber más metáforas en menos lugar.

No se me arguya que la afición á la parábola y al símil por sí sola no da idea clara de lo que el púlpito llega á ser después, porque ya me está viniendo á las mientes un sermón fúnebre del franciscano fray Luis de Rebolledo, predicado en Sevilla hacia los fines del siglo décimo sexto en el entierro de un comerciante vecino de dicha ciudad, y donde haciendo gala de vulgar y desenfadado empieza así el padre:

—¡Oh! lo que debe el hijo al padre que le dejó la hacienda. (1)

Y si se desea modelo de erudición profana y pedantísima retórica, ahí está la colección del carmelita Peraza, donde Herodoto y Pomponio y Julio Solino se alzan verdaderamente con el santo y la limosna (2) y buena parte de los sermones del obispo Fr. Antonio de Guevara, quien fecha una carta escrita en el convento de San Francisco de Valladolid de esta manera estrambótica:

En la villa de Pincia, en las tres Kalendas de Jano, en el oráculo de los Minoritas

De los años 1610-19 son tres peregrinas obras del alcañizano fray Tomás Ramón, tituladas, la una, *Cadena de oro hecha de cinco eslabones y por diálogo para confirmar el cristiano en la santa fe católica* (3) etc.; la otra, *Flores nuevas cogidas en el vergel de las divinas y humanas letras...* etc. (4); y la tercera, *Conceptos extravagantes y peregrinos sacados de las Sagradas Letras y Santos Padres y Doctores para muchas y varias ocasiones que por el discurso del año se ofrecen predicar...* (5).

Por este tiempo luce en la sagrada cátedra la flor de sus transposiciones, equívocos y alambicamientos de estilo el célebre Fr. Hortensio Félix Paravicino, cuyas colecciones concionatorias son á la posteridad perenne enseñanza de las convencionales elegancias en uso á la sazón y desde el sermón de la *Expectación* dicho en la iglesia de Santiago, de la Corte (1616), al muy famoso de la Santísima Trinidad, predicado en la iglesia de su Orden (1629), desdobra y pone al púlpito aquel paño tan almidonado y tieso, tan bordado y femenilmente vanidoso que yo me lo figuro dibujado por lápiz plateresco y ejecutado por dos conventos de monjas puestos en competencia.

Y sin embargo el famosísimo Paravicino no es un reformador, tanto por estar la semilla echada de más antiguo, cuanto por la contemplación crítica de sus cualidades. Ingenio abundantísimo que á ratos ma-

(1) «Primera parte de cien oraciones (ynebres». Madrid, por los herederos de Juan Iñiguez de Lequerica.—M. DC. Sermon XLII. fol. 308 vuelt. y 309.

(2) «Sermones quadragesimales y de la Resurrección». por M. Fr. Martín Peraza. Salamanca, Andrés Renaut. 1604.

(3) Barcelona, por Gabriel Graells, 1610, in 8.º.

(4) Barcelona, id. id. id., 1614 y 12. 2 vol. in. 4.º

(5) Barcelona, 1619, in 4.º. Este es también autor de las *Nuevas y divinas Indias de las altísimas virtudes de María y docs soberanos privilegios suyos, figurados en las doce estrellas de su Imperial Corona*. Zaragoza, a costa de Pedro Ferriz, 1624. in 4.º

neja primorosamente el habla castellana y á ratos se pierde en bosques de metáforas, transposiciones, figuras de todo estilo y rodeos inútiles, sin descender jamás á lo rastrero, y encastillado en una erudición más admirada de sí propio que de los mismos oyentes, es un talento que lo mismo pudo tener vida en esta época que un siglo antes. Naciera en tiempos del maestro Granada y no pasara de un pedante; tuvo la suerte de presidir los comienzos del mal gusto y fué el predicador favorito de la Corte de las Españas.

Sirva esto para dar alguna idea del mérito que á mis pobres ojos ofrece este fraile retórico. No entra de lleno en el mal gusto y sólo á medias sigue sus inspiraciones; sus contemporáneos se elevan sobremanera y luego caen á la tierra; suben indebidamente al Parnaso y el viento de aquellas alturas les hace rodar hasta la Historia natural; fray Hortensio antes se rompe que doblarse hacia el suelo; por eso dejo dicho que no es innovador, sino un tipo, un carácter que lo mismo se adapta á sus días que á los pasados y á los venideros.

¿Cuántos Paravicinos no habrán conocido sus mercedes en este mundo? ¡Cuántas veces no habrán meditado sobre lo mucho que se representa fuera del teatro, mientras oían á un declamador sempiterno, de charla apresurada, de parlamentarios ademanes, pulquérrimo en la persona, elegante en sus genuflexiones y en sus saludos y hasta en el pañuelo y en los puños de la camisa; su frase pulida como alba de pontifical, toda encajes y calados y sutilezas; su cabeza airosa, elegante, como diciendo ¡eh? vaya si me estaría bien la mitra!...

Mas no queramos murmurar por más que sea santamente y callando *de personis*, y vamos adelante con la iniciación en la materia.

El bernardo Fr. Juan Hurtado, demasiado joven para el púlpito, circunstancia á la que se han de atribuir muchas tonterías de las propaladas en su sermonario (1) y el agustino Fr. José Láinez (2), son los que en estos días se aproximan más al metaforismo y la erudición ó cultismo formando la que podría llamarse manera de Paravicino.

M. BASELGA Y RAMÍREZ.

(Continuará.)

(1) «Sermones para los domingos y fiestas de Adviento». Zaragoza, por Pedro Castejón. 4614.

(2) «Consideraciones sobre los evangelios de la quaresma...» por el P. Fr. Joseph Laynez. Toledo, por doña María Hortiz y Sarauia. 4636.

LAS CORTES DE VALDERROBLES

Nuestro insigne historiador Jerónimo Zurita, en el libro XIII, fol. 189 de sus Anales, al recordar las Cortes que el rey D. Alfonso V mandó juntar en Valderrobles, escribe el siguiente párrafo:

„Teniendo el Rey cortes á los aragoneses en la villa de Valderrobles, en la iglesia de Sta. María, en presencia de D. Berenguer de Bardaxi, justicia de Aragón, el Rey y la Corte por contemplación del Rey de Navarra y Conde de Ribagorza, le dieron „su consentimiento que pudiese vender y empeñar cualesquier „castillos y villas y jurisdicción del Condado: no embargante „cualquier vínculo y condición con que le poseía, porque no se „hallaba otra forma de haber dinero, para los gastos de la guerra, „sino vendiendo el patrimonio real.,,

La casualidad hizo que viniera á mi poder hace algunos años el documento ó autorización á que se refiere Zurita en el párrafo transcrito. Halléle precisamente en Graus, es decir, en el corazón del antiguo condado de Ribagorza, y guardábale, entre sus papeles, mi íntimo y sabio amigo D. Evaristo Romero, que santa gloria haya.

Hoy puedo ofrecer la publicación de tan interesante documento á los lectores de la REVISTA DE ARAGÓN. Dice Así:

Sia á todos manifiesto que anno á Nativitate Domini MCCCCXXIX á saber á 4 días del mes de Diciembre en la iglesia de Sta. María de la villa de Valderrobles, el muy excellent princeps alto et magnifico señor el señor D. Alfonso, por la gracia de Dios, Rey de Aragón, Sicilia, Mallorcas, Cerdeña, Córcega, Comte de Barcinona, Duch de Athenas et de Neopatria et encara Comte de Rosellon et de Cerdaña, Cort general á los Aragoneses celebraba, estando el dito señor en su solio ó cadera real la dita cort celebrant, y todos los de la dita cort y quatro brazos de aquella á Cort aplegados é ajustados, present el muy honorable et circunspecto varon don Belenguer de Bardaxim, caballero consellero del dito señor, et

Justitia de Aragón, Judge en la dita Cort, atorgaron, firmaron y hicieron el acto siguiente:

El señor Rey y la Cort, por contemplación del Rey de Navarra y Comte de Ribagorza, consienten et les place que el dito Rey de Navarra é Comte de Ribagorza pueda vender, empeñar y obligar qualesquiere castiellos, villas y lugares, jurisdicciones y otras preheminiencias del dito Condado de Ribagorza á las personas y por las cantidades que le placirá, no contrastantes qualesquiere vinculos y condiciones con las quales el dito Rey de Navarra poside el dito condado. Presentes testimonios fueron á lo sobredicho los muy honorables mosen Francisco de Azy..., mosen Francisco Sarzuela, thesorero del dito señor Rey, D. Pelegrin de Jasa y D. Alfonso de Mur escuderos juristas habitantes en la ciudad de Zaragoza.

Signo de mi Anthon de Salaverte notario público de la ciudad de Zaragoza é por autoridad del señor Rey de Aragon por toda la tierra et señoria suya servient la scribania de la Cort del dito Justitia de Aragon, por el que á las sobreditas cosas present fui é aquellas del proceso por mi así como notario de la dita Cort traslado sacar é scribir fice, scriptas de mi propia mano las primeras lineas, calendación é los nombres de los testimonios y con aquel diligentment comprobé et...

Celebraban á la vez cortes los tres reinos que componían la corona aragonesa. Para guardar exstrictamente el fuero mediante el cual las asambleas debían reunirse dentro de los territorios respectivos, habían sido, dichas cortes, convocadas para los catalanes en Tortosa, para los valencianos en San Mateo, y en Valderrobles para los aragoneses; poblaciones separadas por escasa distancia que permitía al Rey atender á la vez á los importantísimos debates que en cada uno de los centros tenfan lugar.

El principal objeto de aquellas reuniones, era la obtención de recursos para continuar la guerra con D. Juan II de Castilla.

Ocasión memorable en la cual tuvo lugar uno de los más hermosos espectáculos que cuentan las historias. Compartía el trono aragonés con el famoso conquistador de Nápoles, la insigne Reina D.^a María, hermana del Monarca de Castilla. Hallábanse los ejércitos dispuestos al combate; de una y otra parte corrían los capitanes dando las últimas órdenes para asegurar el triunfo, cuando, en medio de los dos campos enemigos, alzóse vistosa tienda con emblemas de paz. Era la Reina, cuyo doble carácter de esposa y hermana, no se compadecía bien con aquella lucha verda-

deramente fratricida. Era la Reina que venía á tratar los preliminares de la paz.

Desgraciadamente, y aunque por el momento contuvieron ambos ejércitos sus ímpetus guerreros, no consiguió la Reina su propósito, y la guerra continuó por algún tiempo.

Y fué necesario que las Cortes de Valderrobles, vinieran en auxilio de Alfonso V, el cual en heróicas y gloriosísimas empresas, como la famosa conquista de Nápoles, había consumido los recursos de la corona.

Ayudábale en todos sus empeños su hermano y heredero el príncipe D. Juan, Rey de Navarra, por su matrimonio con doña Blanca, hija y heredera de Carlos el noble; y conde de Ribagorza, como magnate aragonés. Y uno de los medios de arbitrar recursos con que sostener la guerra, fué la autorización, votada en Cortes, para enajenar pueblos, castillos y preeminencias del susodicho condado de Ribagorza; explicándose de esta manera el anacronismo que á primera vista presenta el documento, por aparecer en él autorizado un monarca extranjero, para vender castillos y lugares sitos en territorio aragonés.

Los personajes citados como testigos del acto de las Cortes de Valderrobles, influyeron no poco en los destinos de nuestra monarquía.

Berenguer de Bardaxí figuró entre los nueve jueces del nunca bastante celebrado Parlamento de Caspe; siendo reputado con justicia como el primer jurisconsulto aragonés de su época. De él dijo Alfonso V en cierta ocasión: "Si hubiera alguien á quien todo „pudiera confiarse con entera confianza, no se encontraría uno solo ni igual ni semejante á Bardaxí."

Teniendo de él tan elevado concepto, no es extraño que le encomendara el cargo de embajador cerca del Rey de Castilla, ni que á la muerte de Cerdán, fuera nombrado Justicia de Aragón. En calidad de tal presidió Bardaxí las Cortes de Ternel en 1428 y las de Valderrobles en 1429.

En el Justiciado le sucedió Mosen Francisco Sarzuela, uno de los que en calidad de testigos acreditan el documento, Consejero que había sido del Rey D. Martín y tesorero que á la sazón era del Rey D. Alfonso. Hijo de prosapia ilustre, llegó Sarzuela á poseer el señorío del célebre Condado de Jérica.

Pelegrín de Jassa, influyó asimismo en los destinos de Aragón, asistiendo á las Cortes de Zaragoza, así como á las de Valderrobles, y ejerciendo los cargos de diputado del Reino y de Maestre Racional de Aragón.

Alonso de Mur, lugarteniente del Justicia de Aragón, fué enviado á Nápoles con la embajada que las Cortes de Alcañiz dirigieron á Alfonso V.

Place recordar todos estos nombres ilustres, que á tan alto grado de cultura llevaron en el siglo xv la monarquía aragonesa.

MARIANO DE PANO.

NUEVO LIBRO DE HISTORIA DE ESPAÑA

Entre las varias causas que contribuyen al escaso desarrollo de los estudios históricos en España, es quizá una de las principales, el modo de enseñar estas materias en nuestros centros docentes.

Estamos acostumbrados á que la enseñanza consista en aprender y repetir el alumno el *libro de texto*, al que se agregan las explicaciones del profesor, unas veces glosando el libro, otras ampliándole, corrigiéndole, pero siempre siguiendo su mismo orden en la exposición de la doctrina.

De aquí que haya en realidad *dos libros de texto*: uno, el impreso; otro, el oral que el profesor dice y el alumno toma en apuntes.

Ambos libros intentan presentar el cuadro sintético del estado de los conocimientos referentes á la historia de que se trata (Universal ó de España) y aquí acaba la enseñanza: aprender y repetir tales cuadros, es la eterna labor de alumnos y profesores.

A diferencia de este sistema, en algunos centros docentes extranjeros se educan los alumnos en la investigación, manejando ellos mismos, ya las fuentes originales (documentos, crónicas,) ya examinando las obras magistrales de las materias que investigan, y á este fin, ven la luz pública, colecciones de textos dispuestas especialmente para este objeto, v. g., la publicada en Francia con el título general de *Collection de textes pour servir á l'étude et á l'enseignement de l'histoire*.

Tengo á la vista uno de los tomos de la colección, el publicado por Mr. Bemont, profesor de la Escuela de Estudios Superiores, que comprende varias *Cartas de las libertades inglesas* (1100-1135); y allí se publican con notas y comentarios, para la mejor inteligencia de los textos, varios diplomas ingleses, referentes á la materia y tiempo indicados.

De la colección forman parte otros volúmenes que son, ya trozos escogidos de las obras de los cronistas medio-evaes, v. g. Raul

Glaber, Gregorio de Tours, Suger, ya colecciones de documentos, como la indicada, referentes á las instituciones privadas, á la hacienda pública, á la industria y al comercio, etc., etc.

Teniendo á su disposición estos libros, bien diferentes por cierto de nuestros *libros de texto*, pueden profesores y alumnos acudir con facilidad á las fuentes históricas, familiarizarse con su manejo y adquirir la necesaria pericia para seguir investigando los alumnos cuando, terminada su carrera, abandonen la Universidad.

Sin que por ahora pretenda que nuestra enseñanza se transforme repentinamente en el sentido indicado, pues para conseguirlo sería precisa adecuada preparación en maestros y discípulos, lo que sí cabe exigir es que nuestros *libros de texto* comprendan en su conjunto todas las manifestaciones de la historia que los pocos especialistas con que contamos investigan, y que estén al tanto de las investigaciones que se realizan en España y en el extranjero, para que al salir de la Universidad el alumno tenga noticia, á lo menos somera, de cuantas cuestiones preocupan á los doctos en las materias que han sido objeto de su estudio.

Contrayéndonos á nuestra historia patria, no abundan los libros en que tales requisitos se cumplen; pecan la mayoría de anticuados y deficientes, recogen y repiten toda suerte de leyendas y consejas, ya desacreditadas, y en vez de dejar que los hechos hablen, suele generalmente hablar el autor exponiéndonos sus particulares opiniones ó puntos de vista, por lo general sujetos á sus ideas políticas y literarias y, en la mayoría de los casos, sin verdadera base científica.

Afortunadamente se ha publicado hace poco tiempo el segundo tomo de la *Historia de España y de la civilización española* del docto y laborioso catedrático Sr. Altamira, que viene á llenar un verdadero vacío en esta clase de estudios.

El Sr. Altamira presenta en este tomo un cuadro completo de la historia de España en los últimos tiempos de la Edad Media y comienzos de la Moderna; no conozco ni en nuestra patria ni en el extranjero trabajo de conjunto más completo ni más al tanto de las modernas investigaciones, ya en lo referente á la historia política externa, hasta aquí casi la única apreciada, ya á la interna, es á saber organización social y política, industria y comercio, cultura y costumbres.

De todas estas interesantes materias trata con bastante extensión el libro del Sr. Altamira, y no sólo, como por regla general

solían hacerlo nuestros escritores, refiriéndose á Castilla y, sólo á guisa de apéndices, á las demás regiones de España, sino haciendo un estudio especial y separado de estos particulares, de cada una de las regiones españolas.

Son muy interesantes para nosotros los referentes á Aragón: el Sr. Altamira hace un detenido estudio de la historia interna aragonesa, de que hasta la fecha carecíamos: nuestros cronistas, siguiendo el gusto y tendencia de la época en que escribieron, no se ocuparon de estas materias indignas de la historia, como entonces se decía; nosotros no hemos suplido esta deficiencia; nuestros manuales de Historia de Aragón v. g., los de Sánchez Herretero, los hermanos Arias, Foz y Lasala son compendios de los que compendiaron á Zurita, v. g., el P. Abarca; y la única Historia de Aragón en la Edad Media que conozco, la de Schmid, escrita en alemán *Geschichte von Aragonien in Mittelalter*, es bastante inferior á la del Sr. Altamira; los lectores de la REVISTA tendrán ocasión de conocer alguno de los capítulos dedicados á la historia interna de Aragón, pues para publicarlo en ella se ha obtenido el oportuno permiso del autor.

No tan sólo tiene el mérito esta obra de ser la más completa; tiénelo y grande á mi juicio por rechazar leyendas destituidas de fundamento, vulgarizadas por repetir las precisamente estos *libros de texto*: así sucede, v. g., con el ofrecimiento de las joyas de la Reina Católica para equipar la armada de Colón, insostenible después de los trabajos del Sr. Fernández Duro referentes á este asunto.

La narración de los preliminares del descubrimiento de América difiere de la que por lo general presentan nuestros libros; y es que el Sr. Altamira ha aprovechado para redactarla las investigaciones practicadas por los especialistas á raíz del cuarto Centenario del descubrimiento de América; así como se ve en otros lugares de su obra, el influjo de los trabajos extranjeros acerca de interesantes puntos de nuestra historia patria.

Bueno fuera que se publicasen con frecuencia libros como el del Sr. Altamira: carecemos de un resumen á la moderna de Historia Universal, y respecto á la de Aragón, ni de su historia política externa ni de la interna se ha publicado labor de conjunto que merezca la pena: por eso es preciso saludar con aplauso la tarea emprendida por el Sr. Altamira y desear que tenga imitadores.

EDUARDO IBARRA.

NOTAS

Mr. I. Fontés ha publicado en la *Revue des Pyrenées* un erudito estudio acerca de «Algunos matemáticos pirenaicos españoles en el siglo XVI.»

En él cita los nombres y obras de varios matemáticos y cosmógrafos aragoneses de la indicada centuria, consignando curiosos datos acerca de Antonio Sorbés, Juan Pardo, Miguel Francés, Juan Andrés, Francisco Zarzo, Juan Gutiérrez, Miguel Suelves, Martín Cortés y D. Juan de Lastanosa. (I.)

La patria y el verdadero apellido del famoso almirante aragonés Roger de Lauria, han sido objeto desde hace mucho tiempo de la atención de los investigadores.

Recientemente los italianos Morisani y Palmieri resucitaron la cuestión, de antiguo debatida, de si el almirante de D. Pedro III de Aragón se llamaba Roger de Loria, de Lauria ó de Llauria.

El docto académico español Sr. Fernández Duro, en un artículo publicado en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tercia en el debate, utilizando la colección de documentos formada á principios del siglo pasado por Sans y Barutell, en donde aparece el apellido del insigne marino con todas estas variantes.

El Sr. Fernández Duro las atribuye al diferente modo que tuvieron los amanuenses de pronunciar el diptongo *au* del apellido, pues no consta ninguna firma original del almirante; de donde infiere que acaso éste no supiera escribir. (I.)

En el fascículo de Diciembre último de la *Revue de Synthèse historique*, indica Mr. Maurice Dumoulin la conveniencia de acometer la empresa de reunir, sintetizándolos, los trabajos particulares que se han hecho en Francia acerca de la historia regional y local.

Con esta idea enlaza otra, es á saber, la situación en que se encuentran los profesores de historia residentes en provincias. Suelen estar acostumbrados, dice Mr. D. á frecuentar los centros de enseñanza superior, á concurrir á sus bibliotecas, donde encuentran toda suerte de elementos de trabajo, á tratar con personas habituadas al estudio, quienes alientan y aconsejan á los profesores jóvenes; mas al cambiar éstos de *medio intelectual* en la población subalterna á que van destinados, decaen y se desaniman, viendo que no pueden continuar en las labores científicas á que se habían dedicado anteriormente.

Mr. D., les señala precisamente la labor de sintetizar lo averiguado y de aumentar el caudal de los datos históricos conocidos acerca de la historia regional y local, como un campo poco explorado, útil y al mismo tiempo en armonía con la situación y medio en que se encuentran.

Indica Mr. D. cómo ha variado el contenido de la historia, que no es la *historia de batallas* solamente, y manifiesta el resultado que se obtendrá registrando archivos de iglesias, notarios, hospitales, cárceles y tribunales, cofradías, familias pertenecientes á la nobleza, etc; y si á esto se agregan estudios folk-lóricos de supervivencias, cantos populares, costumbres, leyendas, etc., se ensancharía considerablemente el campo en donde puede ejercitarse la actividad de profesores y personas doctas, allegando materiales utilísimos para formar la historia local y regional, base necesaria de la historia patria.

¿Cuántas reflexiones hace Mr. D., refiriéndose á Francia, pueden aplicarse á España, con la diferencia de que aquí el campo es más amplio, porque se ha trabajado mucho menos.

La *Revista* citada, aplaude y patrocina esta iniciativa, proponiéndose dar á conocer los resultados que se obtengan: de igual suerte la *Revista de Aragón*, excita á los trabajadores españoles á seguir por estos derroteros, que tanto pueden contribuir al renacimiento de nuestros estudios históricos. (I.)

*
* *

El archivero del A. provincial de Navarra, canónigo Sr. Arigita, ha tenido la atención de enviarnos un «Cuadro de los obispos de Pamplona», recientemente publicado.

Contiene una série cronológica de los obispos de Pamplona, y sucintas biografías de ellos.

Aunque en tal labor había precedido al Sr. Arigita el Obispo D. Prudencio de Sandoval, publicando en 1614 su *Catálogo de los obispos de Pamplona*, no es menos estimable el trabajo del docto canónigo, pues aparte de que la obra de Sandoval adolece de errores, nacidos principalmente del objetivo polémico, propios de la época y del autor al escribirla, el Sr. Arigita consigna solamente los datos que constan en documentos indubitados, y tiene por tanto mayor exactitud.

Lástima es que lo haya editado en forma de cuadro de grandes dimensiones y no de folleto; mas quizá exigencias de orden material, le han obligado á que las biografías sean de corta extensión, defraudando á los aficionados á este orden de estudios: un episcopologio iraniense, corrigiendo el de Sandoval, hubiera sido publicación más útil y práctica. (I.)

*
* *

El Ministerio francés de instrucción pública ha encomendado al señor Brutails, archivero de la Gironda, una misión científica en el Valle de Andorra. Trátase de recoger y estudiar los usos y costumbres de sus habitantes.

*
* *

La *Société pour la publication de anciens textes de la Bigorre* trata de editar el *Cartulario de Bigorra*, el *Libro de censos de Bigorra* y los *Debita regis Navarrae*. El trabajo ha sido encomendado á competentes eruditos de la región.

*
* *

La *Revue des Pyrénées* (n.º de Sept.-Oct.,-1901) anuncia la próxima inserción en sus páginas, de un curiosísimo estudio sobre los *Agotes*, extraña raza que vive, hace muchos siglos, en un rincón del valle del Baztán, cerca de Elizondo. El nombre de su autor, D. Manuel Irigoyen y Olóndriz, es un buen augurio de éxito.

*
* *

El *Bulletin hispanique* viene publicando una serie de eruditos artículos lingüísticos, útiles para los que en nuestra región se interesen por la historia de la variedad dialectal aragonesa. Es su título: *Les mots espagnols comparés aux mots gascons* (Epoque ancienne), y su autor E. Bourciez. (Véanse pág. 159, 226 y 321 del tomo 3.º).

*
* *

A la amabilidad del sabio orientalista Dr. Martín Hartmann debemos la noticia de haberse establecido en Alemania un *Comité asiático*, destinado á fomentar el comercio, la industria y la cultura alemanas entre las regiones asiáticas. Dicha sociedad constituida por personas de grandes prestigios en las ciencias, ó en las armas ó en el comercio, ha empezado á publicar un boletín titulado *Asien*, con el objeto de ilustrar al público alemán sobre las condiciones geográficas, políticas, económicas y sociales de los pueblos del Asia. En el primer número, que apareció en Octubre pasado, el citado pro-

fesor de lengua árabe en el Seminario oriental de Charlottenburg (Berlín) da cuenta de los trabajos de nuestros vecinos los franceses en sus posesiones del Asia, elogiando su organización y su buen sentido político en materia colonial.

De nada nos ha servido á los españoles el buen ejemplo de nuestros vecinos, toda vez que no hemos sabido dar á nuestras colonias una organización política duradera: y eso que España ha dado siempre, como dice Hartmann, «colonizadores valerosos y decididos»; pero los que influyen en la política española gustan más de fomentar la discordia entre nosotros que de inspirar á la masa social altos ideales políticos. (G.)

* *

Un distinguido profesor de la Universidad de París Sr. Seroihandy ha publicado en el *Anuario de la Escuela de Estudios Superiores (Sección de filología é historia)* de 1901 un curioso estudio acerca del dialecto que se habla en algunos pueblos del pirineo aragonés, especialmente Hecho y Ansó. El señor Seroihandy ha permanecido algún tiempo en España recorriendo estos pueblos á fin de recoger datos para su estudio, siendo alumno pensionado por el Ayuntamiento de París.

Consecuentes con nuestro propósito de dar á conocer lo que acerca de Aragón se publique fuera de él, hemos solicitado y obtenido el permiso del autor para publicar en la REVISTA una traducción de su estudio; y suponemos que la lectura de este apreciable trabajo podrá servir de aperitivo á los entusiastas aragoneses que van buscando el modo de organizarse en Academia. (I.)

BIBLIOGRAFÍA

Libros recibidos

Desinfección doméstica: aislamiento y desinfección simplificados, por D. Carlos de Vicente y Charpentier, inspector sanitario de la provincia de Madrid, con un prólogo de D. Santiago Ramón y Cajal.—Madrid, 1901.

El autor se propone vulgarizar los conocimientos médicos é higiénicos acerca de la naturaleza de las enfermedades infecciosas y el modo de evitarlas: expone primeramente sin aparato científico las doctrinas hoy corrientes acerca de los microbios patógenos y los medios naturales que el organismo humano posee para defenderse de ellos y va después estudiando las principales enfermedades infecciosas (fiebre tifoidea, tos ferina, tifus, escarlatina, viruela, disentería, difteria, sarampión, oftalmia purulenta, tuberculosis) y en cada una de estas secciones del libro, dicta consejos prácticos para el aislamiento de los enfermos y desinfección de las habitaciones, personas y objetos que estén con ellos en contacto.

Gran servicio presta el autor á la salud pública con este folleto, escrito con gran claridad y corrección y del que se ha hecho copiosa tirada para repartirlo gratis.

El prólogo de Ramón y Cajal es notable y en él aboga el eminente histólogo por la difusión de los conocimientos higiénicos para evitar los daños que á la salud acarrea la ignorancia. (I.)

* *

Concurso regional de ganados en Zaragoza en 1900.—Memoria por D. Demetrio Galán y D. Pedro Moyano.

Los Sres. Galán y Moyano, distinguidos profesores de la Escuela de Veterinaria han redactado un interesante folleto, en el que se reseñan las incidencias del primer concurso de ganados que tuvo lugar en Zaragoza el año 1900.

Además de los documentos oficiales (actas del Ayuntamiento, programa del concurso, fallo del Jurado, etc.,) los autores exponen consideraciones muy atinadas acerca de los medios para mejorar nuestra riqueza pecuaria y presentan un proyecto de reglamento y convocatoria para organizar futuros concursos.

Acompañan al texto láminas presentando los tipos premiados en el certamen y un retrato del Sr. Leguna, Alcalde de Zaragoza cuando se celebró el concurso é iniciador del mismo.

Felicitemos á los autores por su excelente trabajo que puede contribuir al progreso de importantes fuentes de riqueza en Aragón. (I.)

* *

Hijos ilustres de la villa de Brozas, por D. Eugenio Escobar Prieto, deán de Placencia. Valladolid, 1901.

El ilustre prebendado Sr. Escobar es un trabajador laborioso que con esfuerzo perseverante ha logrado reunir copiosos datos para la historia de la diócesis de Coria, á la que profesa gran afección y cariño. El Ayuntamiento de Brozas, deseando estimular á las presentes, con el ejemplo de los grandes hombres de las generaciones pasadas que enaltecieron la memoria de esa villa antes rica y populosa, rogó al citado deán que compusiese un libro donde se consignasen los datos de los brocenses ilustres.

El resultado ha sido la publicación de este libro, en que se ha procurado exactitud en los hechos, concisión en el estilo, imparcialidad en las apreciaciones, orden, sencillez y unidad, á propósito para ser leído por el pueblo.

La obra es digna de un erudito tan discreto y laborioso como es el Sr. Escobar. (R.)

* *

Rudimentos de derecho, por D. Manuel Pereña y Puente. Lérída, José A. Pagés, 1901. (80 págs. en 8.º)

Es un resumen muy bien hecho, (claro, sencillo y conciso) de lo más sustancial de los principios de derecho, tanto natural, como del civil, político y administrativo vigente en España, á propósito para escuelas de instrucción primaria y para todas las clases sociales. Con este librito se pueden adquirir á poca costa aquellas nociones más elementales del derecho y las reglas de más frecuente aplicación á los actos de la vida.

El distinguido profesor de Lérída tiene mucha discreción para elegir y mucho arte para exponer. Esto hace muy útil su librito. (R.)

* *

Á NUESTROS LECTORES

Terminada en el presente número la publicación del precioso idilio aragonés *Pedro y Juana*, comenzaremos á insertar en el próximo una novela del distinguido escritor militar D. Leandro Mariscal, titulada

La melindrosa

Nuestros lectores apreciarán en su justo valor la gracia culta y fina y la sana intención moral y educativa que campean en el trabajo con que nos ha honrado nuestro querido amigo y colaborador.